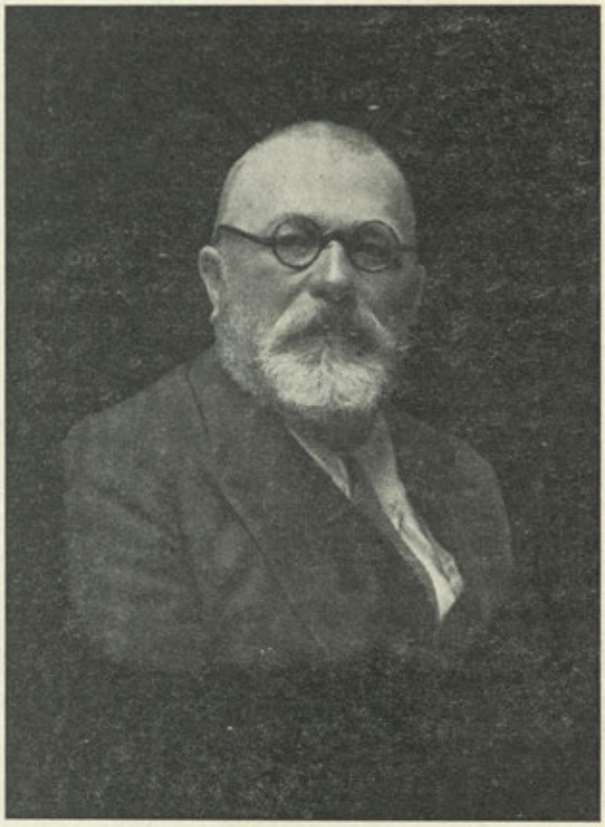

DON FEDERICO MACIÑEIRA PARDO DE LAMA

Académico de número

† EN ORTIGUEIRA EL 25 DE ENERO DE 1943

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA GALLEGA

Año XXXVIII - Tomo XXIII | LA CORUÑA, MARZO DE 1943 | Números 271 y 272

DON FEDERICO MACIÑEIRA

El día 25 de enero de este año de 1943 entró en la Eternidad el exquisito espíritu de D. Federico Maciñeira y Pardo de Lama, miembro numerario de la Real Academia Gallega desde su fundación.

La dolorosa bruma que se extiende a toda Galicia, cuyas viejas tradiciones estudió con amor, alcanza a este Real Instituto, que perdió en el investigador vigilante desde su rincón de Santa Marta de Ortigueira a uno de sus más honorables componentes.

Era D. Federico Maciñeira, tanto por la recia traza corporal, la rubia barba gótica, la fortaleza física de antiguo guerrero, como por las selectas aficiones a los estudios agrarios, históricos, arqueológicos y etnográficos, un hidalgo ejemplar que no desmentía la raza de los Pardo, de la Torre de Lama, en las Riberas del Sor, cuyo señorío disfrutaba y en cuyas estancias alternaba aquellas investigaciones al par que repoblaba montes, difundía cultivos y hacía de sus posesiones sede de notables ejemplares forestales.

A los primeros pasos en el campo de la Historia y como tributo a la tierra nativa responde aquel de sus libros que modestamente rotula «Crónicas de Ortigueira» (1892), al que siguen y preceden multitud de artículos en diversas publicaciones; así «La riqueza ostrífera en la costa del Ortegal» (1903), que contiene eruditas noticias sobre tal riqueza desde

la época de los castros que ya Maciñeira estudiaba; así «El establecimiento industrial más antiguo de España» (1907), relativo a la salazón en la época romana; así «Un dato más para el estudio del derecho consuetudinario de Galicia» (1915), cuyo título dice claro la materia que versa; así «El régimen económico de los primitivos arrotrebas» (1923), lleno de sugerencias acerca de nuestros aborígenes; así «Un interesante bronce» (1902), en que da cuenta de un hallazgo arqueológico que aun hoy constituye un enigma...

Galicia le debe alguno de los más bellos libros que posee su bibliografía en materia etnográfica con su «San Andrés de Teixido» (1921), estudio de uno de nuestros famosos santuarios, escrito con crítica moderna y pletórico de doctrina folclórica, como le debe las disertaciones sobre temas de geografía antigua cuyas bases han quedado inconmovibles «Burum» y «Arros» (1908 y 1911), la divulgación de tradiciones inglesas relativas a Galicia, tal «La silla de la coronación de Inglaterra y la piedra de Scone» (1911) y hasta publicaciones de índole botánica, producto de su carácter de arboricultor militante, vgr.: «El eucaliptus en Galicia» (1921) y muchas otras, mereciendo algunas ser tomadas en consideración por centros de tanta solvencia científica como el Instituto Internacional de Agricultura de Roma.

Hubo un momento en que la desaparición de Murguía, que cita tantas veces a Maciñeira en sus obras, llevó a éste, en tanto no han surgido las nuevas generaciones, a ser único timonel de los estudios prehistóricos y etnográficos en nuestro suelo, con criterio moderno, excavando por su cuenta castros y mámoas, explorando dólmenes y todo resto de la antigüedad remota que llegase a su noticia en la zona norte de Galicia donde residía. Para ello trató de ponerse en contacto con los valores positivos españoles y extranjeros. La última carta que nos ha escrito días antes de fallecer contiene curiosas noticias que merecen ser consignadas para el mejor conocimiento de la formación científica de quien tanto se desveló por el pasado gallego. «Allá por el 1898 pasé unos días en Lisboa —nos decía— con Vasconcellos (se refiere al doctor Leite de Vasconcellos), que me atendió muy bien y me orientó en muchas cosas. Entonces girábamos casi todos los españoles y portugueses en torno de E. Hübner como astro mayor.

A él debo lo poco que significo. Y convinimos en que vendría aquél a Galicia cuando pudiese, a fin de orientarse bien sobre nuestra Prehistoria y aun cultura romana siguiente y, de paso, recoger notas para el profesor alemán metido en lo de la *Ora* de Avieno».

Fruto de su labor en el campo prehistórico han sido, además de los trabajos expresados, gran cantidad de monografías «El castro de San Saturnino» (1906), «Castros prehistóricos de Galicia» (1897-99), «Otra empuñadura de antenas de Hallstatt, encontrada en Galicia» (1909), «Un nuevo torques gallego de oro» (1923), «Relaciones marítimas entre el N. de Galicia y las Islas Británicas en tiempos prehistóricos» (1924), «Círculos líthicos y túmulos dolménicos de la cuenca superior del Eume» (1929), «Los castros prehistóricos del Norte de Galicia» (1934), «Piedra con grabados de carácter prehistórico hallada en Cedeira» (1940) y tantas otras esparcidas en multitud de revistas de la especialidad como el «Boletín de la Real Academia de la Historia», el de la «Comisión de Monumentos de Lugo», el de la «Sociedad Española de Excursiones», el «Almanaque Gallego», de Castro López, «Atlantis», de la Sociedad de Antropología, «Anuario de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos», «Almanaque Ferrolano», «La Ilustración Artística», «Galicia Diplomática», «Revista crítica de Historia y Literatura española, portuguesa e hispanoamericana», «Arxíu des Tradicións Populars», «Arquivos do Seminario de Estudos Galegos», «volumen I del «Congreso do Mundo Portugués», Boletín de la Real Academia Gallega y artículos con noticias insertos en la prensa periódica.

Y no es ésta todavía su obra completa. Deja el sabio ortegalés, como compendio de su metódico estudio y de su vasta erudición, amén de varios trabajos en publicación, uno dispuesto para dar a luz bajo el sugestivo rótulo de «Bares: El puerto hispánico de enlace de la primitiva navegación occidental, en la travesía directa a las costas bretono-inglesas», y en una de las cláusulas de su última disposición, nos hace el honor de designarnos para dirigir la salida del inédito de esta obra póstuma, entre conceptos que no por inmerecidos dejan de ser expresión de la amistad sincera que nos profesó el benemérito gallego, en el momento solemne de disponerse para el tránsito supremo.

Tan copiosa y firme labor le abrió las puertas de muchas corporaciones científicas nacionales y extranjeras, entre las que figuran, aparte el sillón de numerario que ocupaba desde el nacimiento de la Institución Gallega, la Real Academia de la Historia, la Sociedad de Antropología, Etnografía y Prehistoria, la Sociedad Española de Historia Natural, el Instituto Histórico do Minho, la Sociedad Arqueológica de Pontevedra, la Sociedad Artístico-Arqueológica de Barcelona y la Cámara Agrícola de La Coruña, siendo, además, Comisario local de Excavaciones Arqueológicas y Cronista oficial de la villa de Ortigueira.

Tomó parte muy destacada en el Congreso internacional de Antropología y Arqueología prehistórica que tuvo lugar en París en el año 1900 y en el Congreso de Heráldica nobiliaria celebrado hace poco tiempo en Barcelona, donde pronunció una notable conferencia, y desempeñó durante una larga etapa la alcaldía de Santa Marta de Ortigueira y el cargo de diputado provincial, habiéndole distinguido S. M. el Rey don Alfonso XIII con la concesión de honores de Jefe superior de Administración civil de primera clase.

Como verdadero patricio de nuestras letras y de la investigación en nuestra tierra, su desaparición llenará de duelo a cuantos cultiven la especulación más pura y amen toda elevación mental. Estaba llena de atracción y simpatía la figura venerable del ilustre estudioso de las riberas atlánticas del Septentrión galaico, confinado en su pazo solariego, atento sólo al rumor de los congresos científicos en el mundo y a las resonancias de nuestra tierra en los textos clásicos, para aportar un dato nuevo sobre nuestros orígenes étnicos; o recorriendo paso a paso las altas cumbres de la sierra Faladora o los augustos pedregales de Teixido o la hiriente saeta de cuarzo del cabo Ortegal, nimbado de los salados vientos marinos, en busca de la voz de la roca misteriosa con grabados rupestres, o del perdido eco de una cántiga de arcaico rumor.

¡Gloriosa luz dora la silueta prestigiosa de D. Federico Maciñeira y Pardo de Lama en esta solemne hora! ¡Su recuerdo no se extinguirá entre nosotros mientras haya un secreto que arrancar a los viejos textos, a las remotas piedras y a las leyendas tenebrosas!

Sea su nombre claro símbolo del trabajo por la cultura

de Galicia y su conducta alba norma para cuantos amamos nuestro viejo solar.

Y que, en tanto en la tierra mortal rendimos tributo a su memoria, sea el «divino San Andrés» de las devociones populares que él exaltó quien le conduzca triunfalmente, al acorde del resonar oceánico, hasta el seno de Dios.

Fermín Bouza Brey.

MACIÑEIRA Y EL AGRO GALLEGO

ASPECTOS DE UNA PERSONALIDAD RELEVANTE

Federico Maciñeira historiador, arqueólogo e investigador ilustre del pasado de esta tierra, fué, no obstante y por encima de todo, un escritor y cultivador rural. Competentísimo y muy de su tiempo.

No es mucho que su muerte haya sido sentidísima.

Propulsor infatigable de los modernos problemas agrícolas, ganaderos y forestales, de las vías de comunicación y de otros vitales intereses de los pueblos, su nombre no puede menos de ir unido a la intensa labor que realizó en tan complejos aspectos.

Nada quizá se sabe de ella en los medios científicos, en las academias históricas y en los institutos literarios, que destacan sólo sus eruditos estudios y descubrimientos; mas las gentes del rus débenle gratitud sincera. Desde luego, el antiguo condado de Ortigueira, por cuanto ayudó a su progreso, consangrando inteligencia, afanes y dinero a la vasta obra renovadora y campesina.

Rindió culto al suelo natal en diversas manifestaciones, así en la parte cultivable, fértil y fecunda, alentado por vivos anhelos de mejorar los frutos y aun la condición del labriego, como en la entraña misma del terruño, venero de ha-

llazgos arqueológicos que nos hablan de remotas edades y grandezas.

Cúmplenos referirnos hoy a Maciñeira agricultor, labrador capacitado que predicó con el ejemplo. Y subrayar también la obsesión tenaz, que vió trocada en hechos, de enlazar la comarca con una densa red de caminos vecinales, mientras tomaba cuerpo la aspiración nacional, a la que ayudó tanto, de unir con los carriles de acero del tren el territorio astur-galaico.

Evoquemos, pues, al propagandista eficaz del agro —otros lo juzgarán en distintas fases—, que desde la tribuna, en las columnas de la Prensa y en folletos y fascículos interesantes divulgó consejos prácticos, combatió el absentismo y riñó batallas contra la incomprensión y la rutina.

En el balance de su vida ejemplar, estos son gallardos hitos de la actuación de Maciñeira en el ambiente urbano y en el rural, trasunto de un noble ideario que comprendió escuelas, caminos, repoblación forestal y atención celosa a las crecientes necesidades del campo. ¡Cuántos programas políticos tuvieron antaño menos contenido, relieve y efectividad!

No fué político Maciñeira, aunque sus merecimientos y el franco asenso de sus convecinos lo hicieron concejal, alcalde y diputado provincial en un largo período. No fué político, pese a haber militado con su tío, un prócer y austero demócrata, soberbio ejemplar de la raza céltica, y con Fernández Latorre entre los leales amigos del marqués de Alhucemas. Toda su actividad, influjo y talento los consagró al servicio inmediato y tangible del país que tanto amaba.

Tuvo para ello asesores y valedores inestimables en sus grandes amigos los fervientes y destacados ortigueireses don Manuel Sandomingo y Manuel Casariego; y claro que también en los diputados a Cortes, entrañablemente enraizados con aquel distrito, Ozorés de Prado y Gullón García Prieto. Facilitáronle la buena obra en prolijas etapas, y obtuvieron el concurso oficial indispensable para coronarla con éxito.

Así fué dable que el territorio contase, en un lapso de tiempo relativamente breve, con infinidad de caminos que responden a las necesidades del país, cuya topografía conocía Maciñeira como nadie. Hasta el último curruncho del con-

dado llegó con sus estudios y proyectos. En el ayuntamiento de Mañón, por ejemplo, pesó sobre él, directamente, la estructura y realización del dilatado plan; y hoy cruzan en todas direcciones el partido judicial, las utilísimas vías, acercando el campo a las villas y a las ciudades, intensificando la venta de productos, mejorando la economía rural y aumentando la general riqueza de modo insospechado. Mucho debe a este respecto a Federico Maciñeira y a sus entusiastas colaboradores la generación actual, que no olvidará sus nombres.

La afición de nuestro amigo a los temas citados, reflejada a principios del siglo en la repoblación forestal de determinadas zonas, ya no le abandonó hasta su muerte. Asimismo la honda preocupación que sentía por las cuestiones social-agrarias se manifestó en brillantes campañas periodísticas —gran parte desde «La Voz de Galicia»— y en reiteradas lecciones educadoras. Como el inolvidable maestro Bartolomé Calderón y al igual que los prestigiosos especialistas D. Valeriano Villanueva *(Un labrador a la moderna)* y Gallástegui, acompañó a sus enseñanzas testimonios inconcusos. Llevó personalmente la dirección y explotación de sus fincas, y sobre todo en la magnífica granja de Lama ensayó cultivos e hizo demostraciones excepcionales.

Al estudio y cultivo del árbol frutal por medios peculiares, dedicó atención solícita; y abogó constantemente por la incrementación del área destinada al manzano, que él entendía uno de los mejores medios para resolver el problema económico rural, sobre todo en las partes bajas de Galicia.

Los trabajos de índole comercial y técnica que realizó en torno a esto, culminaron en un valioso estudio de «Patología vegetal», base de una disertación en el Consejo provincial de Fomento, que se honró editando la meritísima conferencia. De tanta enjundia y resonancia, que cupo la satisfacción a su autor de que el Instituto Internacional de Agricultura de Roma le dedicase elogiosos juicios y buen espacio a transcribirla en su «Boletín».

Otras publicaciones de Maciñeira sobre aspectos del agro, ganaderos y forestales, merecieron la atención de los centros agrícolas. La Cámara Oficial de La Coruña lo llevó a su seno y la Federación Agraria de Ortigueira recopiló y editó lo por él publicado sobre economía rural, singularmente en lo que

atañe a los tres cultivos más importantes del condado: patatas, maíz y trigo.

No menos solicitado fué su folleto sobre cultivo y aprovechamiento del eucaliptus en Galicia, ya que veía en nuestra región un enorme porvenir para este árbol, del cual era defensor decidido.

¿Más exponentes de su predilección por todo lo rural y por el bienestar del campo gallego?

No faltan. Vémosle acudir a la famosa Exposición de Otoño, en La Coruña (frutas, flores y plantas), con sorprendentes productos de sus tierras, que merecieron la recompensa máxima; patrocinar en su país sucesivas «Fiestas del Arbol», para las cuales suministró, espléndido, los arbustos precisos, y organizar, en fin, con Luciano Pita y Sánchez Boado —también apasionado por estos problemas— más de quince concursos de ganados en Santa Marta, a los que prestó desde la alcaldía el apoyo requerido.

Sostuvo en la Prensa regional enérgica campaña contra la importación de carnes del Uruguay, que desvalorizaban la ganadería gallega; y todavía arremetió con tesón, incluso en diarios de Madrid, oponiéndose a un proyectado convenio comercial con Rusia —ocurría esto en 1933— que autorizaba a aquel país para importar al nuestro maderas en gran cantidad, con notorio perjuicio para los madereros gallegos.

Pues «este gran Federico Maciñeira —Kromprinz de Santa Marta de Ortigueira—», según dijo un poeta que, al ensalzar su obra, bocetó también la recia figura de la cual era entonces ornato una frondosa barba rubia, blanca al fin por los años, —este gran Federico, digo, mantuvo hasta el fin otro ideal apasionado: la construcción del ferrocarril del Cantábrico, más conocido por «el de la Costa».

Cuando los pueblos de Asturias y Galicia comprendidos en esa línea Ferrol-Gijón hicieron su primer testimonio de presencia y solidaridad ante los Gobiernos, Maciñeira se incorporó al movimiento popular. Delegado oficial de Ortigueira desde 1903, fué denodado paladín de la campaña «Pro-ferrocarril». Con Everardo Villaamil —el bien recordado alcalde de Vegadeo— y pocos más, hoy también fallecidos, mantuvo el fuego sagrado del justo anhelo. Actuó en cuantas asambleas se celebraron, de Ferrol a Gijón, siempre pidiendo

lo mismo, e incluso provocó, en momento señalado, la dimisión colectiva y simultánea de todos los alcaldes del litoral, dolidos, como él, de que no se consignase en presupuesto cantidad alguna para las obras. La protesta no prosperó, porque en pocas horas se arbitraron copiosos fondos para las primeras subastas...

En la última asamblea habida en la ciudad departamental —septiembre de 1941— tuvo puesto de honor en la presidencia, y el alcalde de Gijón le invitó poco ha, como decano de los asambleístas, a proseguir allí las deliberaciones. ¡Precursor benemérito, que tendrá en su día, acaso no muy lejano, el homenaje que en justicia se le debe!

Ved si tal conjunto de notorios hechos y actividades, labor tan perseverante y patriótica, no merecen exteriorización y aplauso. Son poco conocidos en determinados medios, y contribuyen a hacer relevante la personalidad ilustre de Federico Maciñeira, preclaro gallego, a cuya memoria se ofrendan las presentes páginas.

Descanse en paz el admirado compañero de periodismo y de Academia.

Santiago del Burgo.

IN MEMORIAM...

EL HOMENAJE HUMILDE

(Anécdota)

Corrían mis años de adolescencia, allá por los años 16 y 17, cuando yo cursaba los estudios correspondientes a la Facultad de Filosofía y Letras, sección de Letras, en la Universidad Central. Entre las disciplinas de aquel curso figuraba la designada con el nombre de Paleografía, que el señor Conde de las Navas, bibliotecario de Palacio, se hallaba encargado de explicar. Iniciadas las clases y en uno de sus primeros días nos fué entregado para su copia el programa de

la asignatura. El que estas líneas suscribe, designado por los demás compañeros y cediendo a reiterados ruegos de ellos, tuvo que aceptar la misión de irlo dictando para que cada uno obtuviese su correspondiente copia. Establecido así, dióse comienzo a la tarea. Esta tenía lugar al terminar el Sr. Profesor su labor cotidiana. Puestos a la obra, el que firma estos renglones inició la lectura. Los demás copiaban. Tratábase de la primera lección. En ella se hablaba, como es natural, de las definiciones, etimologías, relaciones y otros puntos de la materia cuyo programa íbamos a estudiar. Leyendo en voz alta y puesto de pie, yo realizaba la misión que me había sido confiada. Oíase solamente el rasguear de las plumas y el de los lápices sobre las cuartillas en que se efectuaba la copia. De pronto, yo interrumpí mi lectura. Mis ojos habían tropezado con un nombre para mí bien conocido y que correspondía a una persona con la que me ligaban lazos fuertes de amistad familiar. El tema que causara la interrupción de mi lectura rezaba así: «La piedra de la coronación de los Reyes de Inglaterra: informe de D. Federico Maciñeira y Pardo de Lama». Repuesto de la sorpresa, vi que muchos se fijaban en mí inquiriendo la causa de la detención inesperada. Una emoción extraña, a la que quizá no faltase su algo de orgullo infantil habíase producido en mi ánimo. Procedí a explicar el porqué de la pausa. Un nombre de mí bien conocido y por mí bien estimado aparecía investido del alto honor de figurar, al lado de otros nombres del más alto prestigio y de la más alta envergadura intelectual, no sólo españoles sino extranjeros, en calidad de autoridad en la materia, en aquel programa de un centro docente tan prestigioso como era la Universidad Central. Y yo entonces sentí todo el legítimo orgullo de que un honor semejante cupiese a un hombre que, además de ser gallego, era todavía más para mí, puesto que se trataba de un amigo y de un pariente. Parecióme, entonces, que los compañeros me miraban con otros ojos.

Tal hecho, aparentemente sin importancia, no dejó de tenerla, y grande, para el que traza estas líneas. Sin proponérmelo, mi persona logró cierta especial consideración en el ánimo del profesor a partir del día, el siguiente al de la ocurrencia que queda referida en las líneas anteriores, en que aquél tuvo conocimiento del hecho apuntado.

Y he aquí como la obra pacienzuda, inteligente y meritoria que el buen hidalgo de Lama D. Federico Maciñeira venía desarrollando en el recinto sosegado y tan alejado del *mundanal ruido* de su casa de Ortigueira y de su granja de Lama, tuvo un día sencillo y cordial homenaje. Un homenaje, que no por callado y modesto fué menos valioso, en una aula de la Universidad Central, en una de aquellas aulas prestigiosas del caserón del Noviciado madrileño, donde las más elevadas personalidades del intelecto español prodigaron día a día sus enseñanzas y de las que tantos hombres eminentes salieron para mayor enaltecimiento del buen nombre y de la cultura peninsulares.

Podrá, pues, en lo sucesivo, honrarse la memoria de Maciñeira cual corresponde a su sabia, patriótica y eficaz labor, a su labor polifacética. Y ello habrá de hacerse si es que no se olvidan sus desvelos en pro de la economía gallega, sus prácticas enseñanzas como las que en su granja de Lama nos ofrece, su labor investigadora, folklórica, etc. Podrá el municipio ortegano, la comarca toda donde él tuvo el centro de sus actividades llevar a cabo aquellos actos que estime oportunos para mejor honrar la memoria del que tanto supo honrarles al honrarse a sí mismo con su obra. Pero lo que no podrá nunca es tributarse un homenaje tan espontáneo, tan sentido y sencillo como el que en el año 17 se rindió en el aula de la universidad madrileña por un puñado de estudiantes —éstos con su atención respetuosa— y el profesor, con sus palabras elocuentes y emotivas, a D. Federico Maciñeira y Pardo de Lama, sabio investigador, cuyo nombre aparecía estampado al lado del de otros epigrafistas destacados, nacionales y extranjeros, en un programa de Paleografía de la Universidad Central.

Ramón V. Ponte.

TÚMULOS PREHISTÓRICOS

Inventario descriptivo de los doscientos ochenta y seis túmulos prehistóricos hasta ahora descubiertos en la avanzada comarca del Cabo Ortegal

(CONTINUACIÓN)

Alejados ya de los campos de la ría de Cedeira y, por consiguiente, de la aislada estación tumular de la Capelada con sus expansivas necrópolis, últimas de las cuales hacia el SE. y O. son las que acabamos de anotar, vamos a inventariar las de la gran estación del alto Eume, empezando por sus ramificaciones derivadas de la cordillera de la Faladora y por las correspondientes a la sierra de Cheibán, en los ayuntamientos de Capela y Somozas.

En el ramal de Sierra Faladora que por su parte nor-occidental se prolonga hacia la ría de Ortigueira y en el cual se apoya la actual carretera de Cuíña a Puentes, entre los lugares de *Muro do Vasco* y *Pau Fito*, punto conocido por *Campos de Vialba* (Km. 9), al SO. del camino viejo, unos cien metros, ocupando el rellano de la falda de un alto monte, tenemos la necrópolis que comprende los números 101, 102 y 103. La 101, que es la menor, de unos ocho metros de diámetro, y roturada, nada ofrece a la vista de particular; lo propio que la 102, de diez metros. En cuanto a la 103, de otros diez metros, la encontré muy aplanada, o sea con escaso relieve y, al parecer, sin haber sido aún abierta en aquella fecha. Las tres *mámoas* están muy próximas entre sí y cerquita de ellas, a la misma vera del camino, al centro del rellano, levántase un crucero de piedra.

Siguiendo el mismo viejo camino que de *Pena Faladora* baja rápidamente a las parroquias de las Nieves, Devesos y Cuíña, kilómetro y medio más arriba de la anterior necrópolis, en la llanada de *Muro do Vasco*, como unos cien metros al NO. de las casas del lugar, hállanse los dos pequeños túmulos 104 y 105, de unos ocho metros de diámetro ambos, y muy excavados, sin nada que llame la atención en sus respectivas zanjas, los cuales han desaparecido casi por completo al cruzarlos por el centro la carretera de Puentes, en trin-

chera de escasa cota, construída después de mi investigación por aquellos vericuetos. Como en el caso anterior, cerca de ellos existían dos cruceros de piedra, e indudablemente este antiguo camino, marginado por las cinco *mámoas* en este corto trayecto, era uno de los contemporáneos de derivación de la sierra Faladora, de igual manera que el atrás anotado de Espasante con las tumbas 16 a 19 y 47 a 50.

Los números 106 al 112 inclusive corresponden respectivamente a los números 40 y 39 a 34 inclusive también del tan mentado estudio de la Vía Faladora, en su más interesante sección de la *Cruz* y *Pena de la Faladora* que da nombre a toda la gran sierra con su altitud de 710 metros sobre el cercano mar, eco rupestre y concentración tumular.

En cambio el número 113 lo he ido a descubrir a gran distancia, mucho más abajo, en una amesetada cumbre de un ramal de esa cordillera, que se levanta sobre el profundo y agreste lecho del Sor, conocida por *Monte da Besta* (Grañas), cuya *mámoa* aparece entre los dos caminos que del lugar *do Pesegueiro* conducen, primero al indicado río y, traspuesto éste, al punto llamado *Endeños*, de San Pantaleón de Cabanas, ya de la provincia de Lugo (que el río divide). Trátase de una pequeña sepultura de ocho metros de diámetro, de viejo registrada, con una tosca cruz de pizarra sobre su térrea convexidad implantada. Y quiero suponer que otros túmulos, siguiendo el rumbo de esos caminos, la habrán enlazado con las necrópolis de Sierra Faladora, los cuales por lo abrupto del terreno, en gran parte cubierto de matorral, no pude descubrir, o quizá, más probablemente, el hombre los habrá arrasado con los trabajos agrícolas.

Volviendo hacia la montaña superior del sistema orográfico ortegalés, tenemos que los números 114 al 120 inclusive corresponden respectivamente a los números 33, 32, 31, 30, 27, 26 y 25 del estudio de la Vía Faladora, en la parte aun de *Cruz de Faladora* y *Bedueiro*, donde aparece el dolmen más importante del país (n.º 115), por las aventajadas dimensiones de sus soportes parietales y por conservarse completo, con excepción de la cubierta. Y el número 122 corresponde también al 24 del mismo estudio de la Vía Faladora.

Los números 121 y 123 forman otra necrópolis sobre la destacada y exenta meseta de *Penas de San Silao del Campo*,

contrafuerte de la Faladora, entre los lugares de *Rediz* y *Abeledo*, de la parroquia de Grañas del Sor, emplazada aquélla al lado del camino que de la Faladora va a la parroquia de *Entrambos Sores*, pintoresco vallecito donde se reúnen los dos brazos del mayor río de la comarca, hundido entre muy apinadas montañas. Pero debo de significar que esos dos túmulos los he visto desde mucha distancia perfilándose perfectamente sobre el punto más culminante de la expresada meseta, y no quedándome día cuando por allí exploraba para ascender a tal apartada cumbre, averigüé por un campesino del lugar que no eran tan grandes como algunos de la Faladora y que estaban roturados.

Del número 124 al 127 inclusive van reseñados con los números 23 al 20 respectivamente en el estudio de la Vía Faladora tan reiteradamente aludido.

Pasemos ahora a otra importante sierra de la comarca: la de Cheibán, y entre las fuentes del Jubia y del Mera, en la feligresía de *Seixas*, ya en el descenso de la rasa montaña, donde llaman *Alto da Cruz do Tato*, a inmediaciones del camino que viene por las crestas de aquélla, en dirección a la iglesia parroquial, tropezamos con el último túmulo, número 128, de esta parte de la alta cuenca del Eume, emplazado en un rellano de la ladera N. del contrafuerte, monumento sepulcral de poco relieve y de sólo ocho metros de diámetro, en cuya excavación nada observé de particular.

A unos cien metros de distancia, hacia el S., o sea hacia arriba, aparece una pequeña charca circular de leve fondo, conocida por *Lagoa das Curuxas*, que es obra del hombre en esos descampados lugares y relaciono con los que levantaron el túmulo, figurándoseme en este caso, como en el siguiente y en otros dos de la Vía Faladora, entre los números 11 y 15 del P. A., que se trata de emplazamientos de nuevas *mámoas*, cual razono en el estudio de dicha vía. Y cuenta la tradición local en aquellas alturas de las Seijas que sobre el agua de este estanque acostumbraba a mecerse antiguamente una extraña ave (*curuxa*-lechuza) que no cantaba, la cual miraban con supersticioso y temeroso respeto los naturales; pero que, pese a ello, un intrépido cazador se dispuso a matarla y cuando trató de efectuarlo, la misteriosa ave le habló, suplicándole no pusiese en práctica su aviesa intención, porque

ella era un alma en pena. Bien será recordar al respecto que la *curuxa* o lechuza, en el fértil campo de las supersticiones tradicionales de Galicia y Asturias, es ave de «mal agoiro», amiga de rondar los lugares donde hay sepulcros. Trátase, pues, de un caso bien significativo en orden a estas necrópolis.

Marchando por el mismo camino de Puentes a la *Abar-*



queira (Cerdido), monte arriba, en el centro de la meseta que a 460 metros de cota forma el propio contrafuerte avanzado al valle de Somozas (el de la legendaria tradición del tributo de las cien doncellas al rey moro, plasmada de viejo en su blasón municipal), desde donde se dominan amplios horizontes, encuéntrase el gran túmulo número 129, el que por su situación despejada y aventajado relieve, muy visible de muchas distancias, singularizan los naturales denominándolo *A Medoña da Villalbesa,* nombre este último de aquella parte de la montaña, cuyo túmulo, emplazado a la parte O. del repetido camino, de 26 metros de diámetro y, repito, relativamente abultado, conforme lo demuestra la fotografía que

acompaño, es el mayor de estas estaciones neoeneolíticas y, sin duda, por su excepcional nombradía como obra de *mouros*, fué de antiguo muy excavado en el centro, sin conservar vestigios de dolmen ni particularidad alguna.

De su parte N. unos treinta metros se halla también otra encharcada excavación circular de escasa profundidad y suelo plano, pero mucho más amplia que la anteriormente referida, cuarto caso como dije de toda esta extensa comarca, teniendo que llamarnos extraordinariamente la atención que en rasas cumbres montesinas y descampados muy distantes de los caseríos, pero próximos a las *mámoas*, aparezcan estos estanques circulares de trabajo humano, sin señales en torno de los productos de la excavación practicada en el suelo humífero-arcilloso, e idénticas las cuatro (más otra semejante en la necrópolis del alto Eume, números 275 a 278, como veremos) en todas sus características, si se exceptúa el mayor o menor desarrollo, nunca menos de ocho metros de diámetro. Si fuese para dedicar sus tierras a engrosar los túmulos inmediatos, se repetiría más el hecho en otras necrópolis —aquí donde tantas existen— y no las distanciarían ni tendrían la preocupación de practicarlas en circunferencia. Creo, por consiguiente, que a otro fin se debiesen, como dejo insinuado: base de nuevos túmulos que no llegaron a levantarse. (1).

Más arriba aun, a los 480 metros de cota y a la vera del camino que traemos desde la iglesia de Seixas, se tropieza con una necrópolis de tres *mámoas*, dispuestas, como muchos otros grupos, en triángulo y bastante próximas entre sí, en el rellanito de la allí suave ladera montañosa que, en alusión a esas prehistóricas tumbas, llaman *Furno dos Mouros*, divisándose desde tal lugar el cabo Ortegal y gran trecho de costa. La número 130, de ocho metros de diámetro, nada nos ofrece de particular. La 131, del mismo diámetro, nos ofrece en cambio la aparente singularidad de hallarse formado el

(1) Según al comienzo de este inventario he manifestado, en la abrupta parroquia del Freijo (Puentes) me dieron noticia de la existencia de unos túmulos que no llegué a ver, y de ellos se encuentran algunos en el «*Alto da Lagoa*», cuyo toponímico me hace sospechar la existencia de otra charca en sus cercanías, quizá de este mismo carácter, con lo cual serán seis los casos en la comarca.

montículo de tierra y piedra menuda, y la 132, ya de catorce metros de diámetro, aun conservaba en su lugar y en la parte E. de la zanja de reconocimiento una laja-soporte del dolmen, reveladora de un pasillo incipiente al mismo. Las tres fueron roturadas.

En dirección SE. un buen trecho, traspuesta la peñascosa cima de *Pena dos Ladrós* y luego la *Pena de Corna* (ambas aun en la parroquia de las Seixas), cerquita del repetido camino, aparece en la suave ladera la *medoña* (ya por esta parte designación general de estos monumentos funerarios) número 133, de doce metros de diámetro, excavada, y, al parecer, revestida de capa o coraza de gruesos pedruscos cuarzosos, que el tupido manto de tojos (aulaga) impide reconocer debidamente, es decir, semi *gals-gals*.

Ya en la arista de la divisoria o montes de Cheibán, derivación de la montaña siguiente, donde por el NO. tiene sus fuentes el Jubia (*Yubia* del siglo IX), que va a rendir sus aguas a la ría de Ferrol del Caudillo, a 490 metros de cota y al lado del expresado camino general, entre las cimas de *Cruz de Requeixo* y *Pena dos Ladrós* —frente a la capillita montañesa del Frouzal—, tenemos los túmulos números 134 y 136, que son los que en este sector de la comarca se hallan a mayor altura. El 134, de veinte metros de diámetro y muy acentuado relieve, y el 136, de dieciséis metros de diámetro y aunque algo menos abultado que el anterior, también sin embargo bastante convexo, ambos roturados, sin que aparentemente muestren particularidad alguna.

Sin apartarnos de los caminos que siguen por estos vericuetos montañosos el hilo de las cumbres, al E. de los anteriores túmulos y así como a medio kilómetro del número 133, por la vertiente oriental del cerro superior, *Coto da Pena de Corna*, donde llaman *Monte de Batefa*, están emplazadas a la vera del que de Ramisquido va a Seixas, las *mámoas* números 135 y 135', de doce metros y escaso relieve la primera y en cambio de veinticinco metros y bastante relieve la segunda, las cuales, al igual de las demás, fueron excavadas por los buscadores de tesoros *dos mouros*.

En el alto de Ramisquido (Seixas), frente a uno de los más montañosos nudos de la comarca, después de haber pasado la depresión del *Foxo do Frouzal*, próximamente medio

kilómetro más arriba del lugar *dos Doce*, en dirección NE., tenemos otra necrópolis de dos *medoñas*, números 137 y 138, a unos veinte metros de distancia de una a otra. Si la primera llama la atención por su exigüidad, pues que sólo alcanza un diámetro de seis metros y tan escaso relieve que a no haber encontrado el monte limpio de tojos por haber ardido poco antes de mi paso por allí no la podría advertir, pese a lo cual ha sido roturada, en contraste, la segunda, situada al lado E. del camino antes manifestado, como la anterior en un rellano, llega a un diámetro de veinticinco metros y en la consiguiente zanja de apertura asomaba la cabeza de un soporte del dolmen. Dado el pronunciado relieve de ésta, desde largas distancias se recorta en el horizonte su graciosa curva mamiforme, y dió fama a esa solitaria cumbre de la montaña, conocida entre los naturales por *As Medoñas*.

Los números 139, 140 y 141 figuran con los números 19, 18 y 17 respectivamente en el estudio de la Vía Faladora, cual la 149 del P. A. con el 16 de la propia Vía, las cuatro *mámoas* correspondientes a la ladera del *Pico do Caxado*, de 760 metros sobre el nivel del mar (cota superior del país ortegalés, desde donde puede divisarse la Torre de Hércules de La Coruña).

Y a seguida de este grupo de túmulos más encumbrados de la comarca hacia el E., siguiendo la estribación superior de este gran nudo orográfico en dirección al inmediato y profundo lecho del Sor, tenemos otras necrópolis situadas a los lados del camino que del Caxado va al Freijo y a Muras (parroquia esta última del otro lado del río y, por consiguiente, de la provincia de Lugo). La designada con el número 142, así como la siguiente, se hallan en el punto conocido por *Veiga da Nata*, situada aquélla en un pequeño rellano, teniendo el carácter bien definido de *gals-gals*, pues está formado de pequeñas piedras el montículo de ocho metros de diámetro sin nada de especial en la excavación. Casi unido a tal prehistórico monumento funerario levántase un alto crucero de cantería, que en aquellos descampados y augustas soledades, señoreadas por el ingente *Pico do Caxado*, bien simboliza el triunfo del cristianismo sobre los viejos cultos paganos.

El número 143 destaca su fuerte perfil desde mucha dis-

tancia sobre la tendida cima de la mentada estribación del *Caxado*, cerca del anterior por el O. y casi a la orilla del camino. Es uno de los de mayor relieve con que tropecé; alcanza unos veintitrés metros de diámetro, y en la gran zanja de exploración que le practicaron los buscadores de encantados tesoros de que más singularmente le suponían guardador, aun se veían, cuando yo los he reconocido, los extremos de grandes lajas-soportes, denotadoras de un dolmen realmente megalítico.

(Tengo la duda de que los números correspondientes a estas dos tumbas, desde las cuales se dominan allá abajo las fragosas cuencas del Eume y del Sor, que siguen opuestas direcciones, estén trastrocados entre sí, extremo que ahora a los cuarenta años de haberlos descubierto, no puedo comprobar).

Como a unos quinientos metros de distancia, en sentido descendente y en la dirección E. que llevamos, o sea en la ladera oriental de la repetida estribación, donde llaman *Camposa do Foxo*, flanquean el expresado camino por ambas márgenes. uno frente al otro, cual eternos guardianes del mismo, dos túmulos dolménicos, a juzgar por los vestigios subsistentes. El número 144 de unos trece metros de diámetro, con la cabeza de una laja o soporte parietal de pizarra en la gran zanja que le practicaron, y el número 145, de veinte metros, dejaba ver, en el amplio hoyo de reconocimiento, dos importantes lajas parietales enfrentadas e inclinadas hacia dentro, a manera de las jambas de una puerta trapezoidal, cuyos pizarrosos soportes sobresalían un metro de los escombros de la zanja, acusándonos una cripta de aventajadas proporciones.

Alterando el orden descriptivo y puesto que de esta parte oriental de la comarca no quedan más túmulos de que tratar, entre los que he logrado ir descubriendo en el transcurso de muchos años, que el número 150, diré aquí lo que sobre él puedo informar. No he ido a reconocerlo, sino que desde los anteriores de *Veiga da Nata*, con los gemelos, lo vi a distancia, perfectamente destacado, en plano más inferior y en una pequeña llanada que determina el encuentro de varias colinas, en la prolongación de la montaña de *Veiga da Nata*, entre el Sor y el Eume, donde, según me informó un campe-

sino, llaman *Campo das Medas* (parroquia de San Mamed), por cuyo vecino de aquellos parajes (del lugar del Pulgón, del Freixo) supe, además, que esta *medoña* es de mucho relieve —de ahí el destacarse tan bien a considerable distancia—; que tiene alrededor de la base una hilada de piedras clavadas, determinando la línea periférica como en el caso del túmulo número 30 y otros de Vía Faladora, pero algo inclinadas hacia fuera; que había sido registrada y que no existían más *medoñas* por aquella parte, motivo de no decidirme a llegar hasta ella por no quedarme tiempo para efectuarlo en tan quebrados y aislados lugares.

Retornemos ahora a la sierra de Cheibán, donde quedamos con el túmulo número 138, y tratemos del número 146 que le sigue hacia el SO. y se encuentra aislado de los anteriores y subsiguientes necrópolis, al O. del caserío del lugar de la *Esfarrapa* como unos cien metros, en el rellano que forma la falda oriental del monte del *Castelo*, entre el camino que va al *Castelo* y el cierre de las fincas labradías. Tiene doce metros de diámetro y fué completamente deshecho para registrarlo. Quizá en las colindantes tierras de labor de ese montañés lugar hubiesen existido otras *medoñas* que con los trabajos agrícolas se hayan arrasado.

En la parte amesetada y más culminante del antes citado monte del *Castelo* (parte SO. de la dicha sierra de Cheibán), próximos a unos grandes peñascos, se encuentran los túmulos 147 y 148. Este último de unos veinte metros de diámetro y de gran relieve, aparentemente, ¡cosa extraña!, no había sido aún abierto, y el anterior, a unos sesenta metros antes, también de otros veinte metros, aunque de menor relieve, fuera en cambio saqueado, sin nada de particular en la zanja.

Y ahora vamos a ocuparnos de una de las más notables necrópolis de la comarca por el número de túmulos, en su mayoría dolménicos y de gran relieve, que lo forman: ocho situados en corto espacio, de unos trescientos metros de longitud, a ambas márgenes del camino que desde las Seixas venimos siguiendo, lugar que denominan *Pena do Castelo* por la forma de torreón que afecta el enorme peñasco que corona aquella montaña, cuyo denso grupo de abultadas tumbas son las últimas marchando de N. a S. de la repetida sierra de Cheibán, o, mejor diríamos, primeras partiendo de la gran

estación neoeneolítica de Puentes, que considero matriz de todas las ortegalesas de ella derivadas.

Esta amesetada montaña del Castelo levántase al N. de la carretera general de Castilla (sección de Rábade a Ferrol), sobre Espiñaredo, entre el nacimiento del Jubia, de su principal afluente, el Narahío (*Nario* del siglo xv y *Narius* de Mela), y de un tributario del próximo Eume, divisoria, pues, de aguas, rematada por una serie de grandes peñascos sinuosos que me han hecho pensar *in loco* si los habrán aprovechado, como abrigos, los autores de esa milenaria necrópolis adyacente, dedicados a la vida pastoril, por lo bien que para ello se prestan en esos altos descampados.

Cuando por el año 1895 practicaba mis exploraciones arqueológicas del gran valle de Puentes de García Rodríguez, hacia ese lado de Espiñaredo (ayuntamiento de Capela), indicóme un campesino, refiriéndose a este grupo de *medoñas* de *Pena do Castelo* y *Pena do Mosqueiro* (según también designan por allí a tal cumbre), que desde lejos me señalaba, por perfilarse algunas en el horizonte, haber extraído grandes lajas del interior de varias de esas obras *dos mouros*, donde —añadía— formaban *cabanas* (cabañas), con lo cual aludía a importantes cámaras dolménicas, que mi directa inspección me confirmó.

Continuando el orden descriptivo que traíamos de N. a S., tropezamos con el túmulo número 151, de veinte metros de diámetro y de mucho bulto, con una pequeña excavación en la cumbre, en la cual asoman los extremos de algunos soportes del dolmen, los que, a juzgar por el aventajado relieve del montículo, deben de ser de bastante altura, acusándonos un verdadero megalito.

El número 152 aparece situado entre dos importantes peñascos, en el punto por allí más elevado de la montaña, desde donde se atalayan porción de montes y valles, y aun cuando su diámetro no exceda de unos quince metros, imprímele carácter el hecho de tener relieve extraordinario. Fué poco excavado en su cima y en esa pequeña zanja de coronamiento muéstranse también los extremos de cuatro toscos soportes del dolmen en disposición de losange, de un metro de amplitud máxima en la parte superior. Como en el caso anterior, dada la circunstancia de lo elevado del túmulo y aparecer

esas cabezas de las lajas parietales casi en la cúspide del mismo, nos indican cuán alta hubo de ser la cripta y, por ende, la importancia del megalito.

En cambio el 153, de sólo unos doce metros de diámetro, aunque asimismo de bastante relieve y abierto por los violadores de túmulos, no acusa particularidad alguna ni restos de dolmen.

Mas el 154, de unos veinte metros de diámetro, nos da la impresión, por su bulto, de aventajar a los anteriores. Fué ampliamente roturado por el centro, donde se conservaba, cuando lo he reconocido, una de las toscas lajas parietales de la cámara, descubierta en un metro de altura. En los taludes de la zanja de apertura pude advertir que el montículo funerario se formó exclusivamente con tierra arcillosa del lugar.

Cruzando el camino para el lado opuesto, ó sea para el E., pues los cuatro anteriores aparecen en la margen del O., tenemos el número 155, de doce metros de diámetro, que debió de ser roturado por los mismos que el antecedente, a juzgar por lo amplio de la zanja donde nada se observa de particular. Lo propio que ocurre con el 156, en el cual descendieron con el pozo de exploración hasta excavar en el terreno natural, sin que podamos saber si contuvo o no dolmen.

Por la misma banda oriental del camino y a pocos metros del anterior, levántase el número 157, de unos catorce metros de diámetro, en cuya zanja de registro aun sobresalían los extremos de cinco groseras lajas parietales, de naturaleza cuarzosa, propias de aquellos inmediatos peñascales, donde pueden encontrarse naturalmente desprendidas por la acción de los agentes atmosféricos, cabezas de soportes que en el mayor sentido aparecían entre sí separadas un metro sesenta centímetros, y dada su inclinación convergente, si en la parte superior se hallaban tan distanciadas, debemos de suponer que la planta de la cámara tumular alcanzase amplias proporciones.

Unida casi a la anterior y en la misma orilla E. del camino, frente a una gran roca, topamos la última *medoña* del grupo de la sierra de Cheibán y del Castelo, número 158 del P. A. Tiene un diámetro también de catorce metros, observándose que el montículo fué formado, a juzgar por su apariencia exterior, con piedra perdida y tierra arcillosa pro-

pias del lugar. Y era tan pequeña la depresión o poza que presentaba en la cumbre, que más daba la impresión de un repise de los materiales, tal vez por contener dolmen, que de haber sido excavada. ¡Dudoso será que posteriormente se librase de la consiguiente brutal expoliación!

† Federico Maciñeira Pardo de Lama.

(Continuará).

TRES NOTAS SOBRE LA «HISTORIA COMPOSTELANA»

La conmemoración centenaria de la muerte del arzobispo Gelmírez (c. 1140) y mi participación en el cursillo de conferencias a él consagradas por el Instituto de Pontevedra el pasado curso académico 1941-42, me pusieron —todas estas circunstancias— en contacto directo con los latines de la *Historia Compostelana*. Al verme precisado a trazar las determinantes de *El valor artístico de la «Compostelana»* —objeto de mi disertación— resultaba imprescindible una lectura total del texto. Esta lectura me hizo reconocer, de una parte, cuanto ignorábamos, aun en nuestros días, sobre la tan traída y llevada crónica gelmiriana (solamente conocida a través de los extractos de López Ferreiro), y, de otra, me vi gratamente sorprendido por el creciente interés dramático de sus páginas, a lo largo de las cuales se descubre y consolida un innegable valor literario, propio de una obra artística perfectamente lograda. He de confesar ingenuamente que jamás hubiera podido adivinar que detrás del enunciado del tema que me había sido asignado previamente, se ocultaba un mundo tan variado de aspectos literarios, dentro del marcado carácter orgánico que su biografiado —los múltiples hechos de su inquieta actividad, etc.— imprime a toda la obra histórica.

No intento exponer aquí los amplios y fecundos resultados de aquella investigación directa, ni siquiera resumir las líneas generales de aquella lección —que verá a luz próximamente—; hoy quiero limitarme a llamar la atención del cu-

rioso lector sobre tres aspectos, tal vez los más ignorados, de la *Crónica Compostelana*.

Tales son los que se refieren: I) a su visión del paisaje, II) a su sentido humanístico, y III) a la floración de la lengua vulgar, que pasamos a exponer brevemente.

I. LA VISIÓN DEL PAISAJE

Leyendo la *Compostelana* comprendemos la razón que asiste a Nördstrom al sostener que el sentimiento de la Naturaleza jamás pasó desapercibido durante la Edad Media. Ya mi inolvidable y malogrado compañero Eduardo Bermejo había hecho esta misma observación con respecto a San Valerio, el solitario del Bierzo, que tiene un claro sentido del paisaje. Claro está que ni en la prosa nerviosa del famoso ermitaño ni en la multicolor de la *Compostelana* hay lo que propiamente podría llamarse un sentimiento psicológico del paisaje, tal y como lo podemos encontrar en los autores modernos y contemporáneos. Con todo, observando la conscien-cia innegable que en ambos casos asiste a los autores del encanto del ambiente que les rodea, la frecuencia con que sus redactores tratan de dar al lector la comprensión de los parajes que describen, así como la referencia a elementos paisajísticos que circundan y sirven de fondo escenográfico o de momento a un hecho que relatan, todo esto —y los resultados de otros estudios análogos— nos hace intuir la necesidad de modificar la aseveración corriente que se viene repitiendo insistentemente de que el sentimiento del paisaje tiene su punto de partida en el Renacimiento. Esta opinión, evidentemente, sólo puede referirse al paisaje en cuanto se considera como *proyección espiritual del poeta*, no al paisaje como elemento decorativo y ambiental. En el caso concreto de la *Compostelana* podemos apreciar de antemano la evidencia de lo que venimos diciendo, si la comparamos con una obra de nuestra literatura, que además, le es contemporánea: *El Poema del Cid*.

En torno al sentimiento del paisaje en nuestra primera epopeya escribe Azorín: «En el Poema del Cid aparecen nombres de villas, lugares y campiñas; de tarde en tarde el

poeta, en un verso, con una indicación sumarísima, compendiosa, nos hace columbrar un paisaje. Pero como en la llanura castellana monótona y calcinada tiene un valor extraordinario, una vida profunda, unos chopos, unos olmos, o unos alisos que la vista divisa en la extensión inmensa, así en la *llanura* del Poema del Cid sacando estos paisajes de su lugar apropiado pierden su transcendencia; preciso es que para gustarlos en todo su valor, irlos repasando a lo largo de los bruscos versos» (1).

Pero a la verdad que ni estas palabras, admirables de intuición, de tan fino catador de nuestros clásicos ni el estudio que a «las descripciones de las leyendas cidianas (*Bulletin hispanique*, 1933, 5-22) consagró Guillermo Díaz-Plaja, demostraron una consciente visión del paisaje en la obra del juglar de Medinaceli.

No echando en olvido esta referencia que establecemos entre ambas obras literarias —tal vez determinados en nuestro propósito por la coincidencia de la conmemoración centenaria— podremos comprender la enorme superioridad —en este aspecto, se entiende— de la crónica gelmiriana. Bajo mi dirección los alumnos del Instituto pontevedrés trazaron una carta geográfica de la Galicia de tiempos de Gelmírez siguiendo fielmente el nomenclátor toponímico que figura en la Crónica. Intencionadamente hemos prescindido de los nombres de lugar de fuera de la antigua Galicia histórica que se citan en la Crónica. Sobre esta cantidad inmensa de localidades consignadas podemos formular, inicialmente, los primeros comentarios. En primer término la abundancia de citas en localidades próximas al mar, lo cual nos demuestra, una vez más, el ansia de mar en el ánimo de este genial creador de la marina nacional. En la *Compostelana* encontramos no sólo referencias o alusiones breves y rápidas al paisaje, tales como cuando leemos que la reina Doña Urraca «emprendió el camino por los ásperos y pedregosos montes de Asturias, pasó por Oviedo y habiendo llegado a Lugo...» (Cap. LXIX, Lib. I), o que los gallegos ven aparecer a Alfonso I el Batallador con grandísima turba de soldados por entre los arbustos de los

(1) *El paisaje en la poesía*. En «Clásicos modernos», p. 100.

montes que se descubren trás el Orbigo, desde Astorga (Capítulo LXXIII, Lib. I), o que el Abad de Chiuse —«Clusensis»— entra en Galicia «por las ásperas gargantas de sus montes y llega fielmente a la Apostólica ciudad, Compostela» (Capítulo LXXIX, Lib. I), o que el Arzobispo de Braga viene a «Lérez desde la Sede Bracarense por los altos montes y deprimidos valles» (Cap. LXXXII, Lib. I), o cuando «bajo el silencio de una intempestiva noche emprenden la marcha los esforzados guerreros y en breve tiempo llegan a Burgos y ocupan la montaña y fijan sus tiendas junto al castillo» (Cap. LXXXV, Lib. I), y mil citas más.

No sólo encontramos estas breves alusiones al medio geográfico en que se realizan las acciones que relata la Crónica, sino que descubrimos también, como vamos a ver, una clara y consciente sensación del paisaje. Veamos cómo se hace el relato del paso del Miño de regreso de Portugal cuando lo del «pío latrocinio» y no perdamos de vista tampoco la constancia del elemento maravilloso al que hemos de referirnos más tarde. Dice así: «El río [Miño], que durante los tres días anteriores tan horrorosas olas levantaba que no había barcas que lo atravesasen, ahora, luego que los cuerpos de los santos se posaron en su ribera, pareció moverse a reverenciarlos, pues, relegada la fiereza del aura impaciente y desvanecida la intemperie del aire, tanta facilidad mostró para dejarse pasar y transportar los santos, cuanta podía suministrar la planicie de su agua, la cual, apaciguadas las olas, fluía tan tranquila que ni una pequeña oleada lo agitaba» (Cap. XV, Libro I; P. Flórez, 39-40).

Se dan incluso detalles y noticias como el de la isla que está en medio del río: «Tenemos, es verdad, el río por medio, que separa a los dos ejércitos, y para nuestros enemigos [los portugueses] es como un muro; pero que los compostelanos e irienses prueben vadear con las naves el río, y que se den prisa para ocupar la isla que está más próxima a los portugueses (había una isla en medio del Miño) y unos en las naves y otros a nado pasen el río». Esto dice Gelmírez a Doña Urraca, en la invasión de Portugal, relatada en el Capítulo XL del Lib. II.

Del Miño pasemos ahora a la descripción del regreso de Hugo, Obispo de Oporto, de un viaje a Roma y su paso por

los Pirineos y junto al mar, aludiendo de paso a la lengua vasca al igual que en alguna ocasión, según veremos ahora, sobre el afloramiento de los romances. Dice así en el Capítulo XX del Lib. II: «En aquellos montes y lugares intransitables habitan hombres feroces, de lengua desconocida (2), dispuestos para cualquier crimen. Ni es de extrañar que en lugares aspérimos e incultos se den hombres fieros y desenfrenados; que aquella senda intransitable no mostraba otro camino que por peñascales, jarrales y parajes desiertos. Fuera de que el mar había extendido por allí sus brazos para dividir las provincias, y se había formado allí un gran caos para los que caminan por aquellos parajes. Pero, a pesar de todo, el Obispo de Oporto, sin temer la aspereza de los lugares, ni la atrocidad de los hombres, ni la hinchada ferocidad de los brazos del Océano, tendidos en derredor, confiado siempre en el favor del Apóstol Santiago, por extraviados montes, valles y mares llegó hasta Carrión» (Lib. II, Cap. XX; P. Flórez, p. 299).

Veamos el animado y dramático relato de un combate naval de las naves de los irienses contra los sarracenos, que puede parangonarse ciertamente con la más ágil y lograda referencia literaria: «Los irienses, una vez dispuestas las naves, lánzanse a alta mar y buscan por todas partes en derredor de las islas las naves de los ismaelitas. Así que dieron con ellas más acá del castillo de Puente de San Payo (pues habían atracado a tierra y ocupábanse en transportar a las naves las cosas que les eran necesarias), ocuparon vigilantes las entradas de la ría, para que no se les escapasen de noche, pues iba avanzado el crepúsculo de la tarde. Hecho de mañana, los irienses, unánimemente inflamados y preparados para el combate, pónense en orden de batalla y acometen a las naves de los sarracenos. Estos, al verlos venir de lejos con velocidad continua, aprietan los remos, corren a las armas y, nada remolones, prepáranse para la lucha. Pero los irienses, como agresores, atacan con más audacia a los agarenos, y en un poderoso ímpetu yeren con audacia a los agarenos con los espolones férreos de sus naves, dejando las de los gentiles mal-

(2) Cfr. infra, nota III.

trechas y dispersas. En el mismo choque saltan a sus naves, matan a unos, a otros los echan al mar, compadécense de otros, como cautivos que son. Los ismaelitas, por el contrario, unos pretenden pelear, otros quieren remar, otros, en fin, procuran huir a nado. Entre tanto una nave sarracena, más ligera que las otras, escúrrese de entre las mismas naves de los irienses y logra escaparse. Las otras tres, empero, son apresadas por los cristianos. Dieciséis sarracenos murieron allí mismo, los cautivos que hicieron fueron noventa y ocho, fuera de las armas y despojos que recogieron; a los cristianos que los sarracenos llevaban cautivos pusiéronlos en libertad. Finalmente, los irienses, con las tres naves apresadas, con los cautivos ismaelitas y con multitud de despojos, volviéronse contentos a su tierra» (Lib. II, Cap. XXI; P. Flórez, 302-3).

En tierra y en la falda del Picosagro, centinela de los valles del Ulla y de Padrón, hito miliario para los peregrinos jacobeos, se nos describe también una escaramuza entre las tropas de Doña Urraca y su hijo Don Alfonso, encuentro que no llegó a efectuarse, gracias a la intervención de Don Diego: «Por ambas partes del monte acampaban los dos ejércitos: aquél [el del Arzobispo] teniendo las alturas del monte que había ocupado, éste [el de Don Alfonso] dispuesto a pelear para desalojarlos del vértice de la montaña, lo que era muy dificultoso y peligrosísimo. Por lo demás, el proyecto de la Reina, que maquinaba levantar un castillo en la cima del monte, suministraba la reina, al Arzobispo y sus tropas estímulos de combatir. Comenzaron por hacer algunas escaramuzas las tropas de uno y otro ejército; mas sobreviniendo el crepúsculo de la noche, desistieron ambas partes de lo comenzado, quedando ya algunos tendidos...»

Finalmente, y como quiera que se trata tan sólo de un ligerísimo apuntamiento, queremos terminar esta nota con una magnífica estampa sobre las Torres de Honesto, lugar del nacimiento de Gelmírez, probablemente; torres sobre las que Don Diego mantuvo alerta su espíritu guerrero en su enemiga contra los sarracenos y por la defensa de su Iglesia y su tierra, y en cuyo trazo el redactor de la bella estampa puso algo de aquella misma saudade con que Rosalía ha de evocar, cientos de años más tarde, estos mismos parajes: «Hízola [a la Torre] sobresaliente sobre las demás, como cabeza y señora

de todo el fuerte; pues, así comò el águila se aventaja y domina a las demás aves, así aquella torre se aventaja y domina a las otras torres del Castillo. ¡Sabio consejo por cierto! Aquella torre defenderá, en caso necesario, a las demás torres, a todo el castillo, ni temerá las acometidas de los sarracenos ni de otras gentes, y si alguna vez el Arzobispo de Santiago o sus canónigos fueren al renombrado Castillo, o si impulsados por sus enemigos (lo que Dios no permita), huyeren de su ciudad, conmorando en aquella torre como señores y poseedores del fundo, presidirán y dominarán en todo el Castillo (Cap. XXIV, Lib. II; P. Flórez, 306-7).

II. SU SENTIDO CLASICISTA

Tal vez el aspecto más sugestivo que nos ofrece la *Compostelana* sea el que se refiere a su clasicismo. Varios autores, los pocos que se han ocupado de ella, coinciden en calificarla como la obra maestra de la historiografía hispanocristiana de la Alta Edad Media. Quien haya tenido la fortuna de pasarse largas horas de lectura y anotación sobre los latines de Munio Alonso, Hugo y Giraldo, habrá podido percartarse de que la *Compostelana* es, sin disputa, el primer libro histórico español escrito con grandes pretensiones literarias.

En el ambiente cultural de la Compostela de Gelmírez —que la Crónica refleja con toda brillantez— nace la *Compostelana* para dejar perenne constancia de «cuantos hombres y posesiones, ornamentos y dignidades adquirió el dicho Arzobispo para su Iglesia, y también cuantas persecuciones y peligros tuvo que soportar de las tiránicas potestades para defenderla».

No intentamos renovar aquí la acometida del P. Masdeu contra la *Historia Compostelana*, impugnación que mereció una especial respuesta de López Ferreiro, ya que, por otra parte, en nada afecta a su enorme valor literario; aunque sí queremos traerla a cuento para recordar que tal vez se deba a esa innegable influencia transpirenaica que late a lo largo de todas sus páginas —influencia que llegó a tacharse de antipatriotismo— esta faceta tan interesante de nuestra Historia. Tampoco pretendemos ofrecer aquí las líneas generales de la

personalidad de sus autores (3) ni entrar en la problemática discusión de las diversas manos que intervinieron en la redacción de la *Compostelana*, aunque sí queremos destacar la importancia de la intervención del Maestro Giraldo, a quien, con pena, vemos se le viene concediendo escasa importancia. A nuestro juicio —y el atento lector podrá advertirlo a través de las notas que vamos a ofrecerle— la personalidad de Giraldo es indiscutiblemente superior, más rica en matices, que la de Munio Alonso y Hugo. Aunque no se tenga en cuenta la dimensión literaria de Giraldo a lo largo de la *Compostelana* (4), tenemos, empero, que reconocer que su estilo, el lenguaje afectivo que emplea, las frecuentes exclamaciones e interrogaciones de que tan abundantemente matiza el período, la viveza con que describe los sentimientos, el dinamismo que imprime a la narración, etc., dan a su prosa un encanto que difícilmente encontramos superado en la parte debida a Munio y Hugo.

Todos adivinan, sospechan, la preparación literaria de los autores de la *Compostelana*, aunque pocos hayan tenido la paciencia de ir a comprobarla en el texto. De poco valdría el traer a este propósito la enumeración de las citas de los Libros Sagrados, cuando, por su condición clerical y la propia índole de la obra, era forzoso que hicieran gala de su dominio de la Biblia. Hay una circunstancia común a los tres redactores que nos pone al descubierto, más que ninguna otra, su preparación cultural, y es el perfecto conocimiento de la Geografía (debido innegablemente a la formación francesa cluniacense de dos de ellos), cuya pericia —completando el intento del propio P. Flórez e incluso el benemérito P. Suárez— fué evidenciado por el Sr. Montero (5). Y en esta nota común a los tres redactores de la *Compostelana* encontramos dos direcciones, igualmente comunes, hacia lo clásico; prefe-

(3) Cfr. Nicolás Antonio, «*Bibliotheca Hispana Vetus*», 19, 66 y 67; ES., XIII, 1112 a 26 de junio de 1136; XVIII, sobre los Obispos de Mondoñedo y XX, «*Noticia previa*». Vid. etian López Ferreiro, «*Historia*», III, 436.

(4) Giraldo escribió 35 capítulos del Lib. I (LXXXIII-CXVII), todo el Lib. II (97 capítulos) y Lib. III (56 capítulos), frente a Munio y Hugo que solamente redactaron los LXXXII del Lib. I.

(5) *Pericia geográfica de la Historia Compostelana*. Publs. de la Sociedad Geográfica Nacional, 1935-6. Serie B. núms. 62.

rencia por la nomenclatura culta, invariablemente aplicada a las ciudades y lugares que ya eran designados con un nombre romanceado, y la maestría con que se maneja la geografía mitológica, siempre que se ofrece la oportunidad estilística o metafórica.

De los tres autores de la *Compostelana* corresponde, empero, a Giraldo la supremacía de la formación clásica, ya que a él se deben absolutamente todas las referencias y citas clásicas que hemos acertado a ver recogidas en la prosa de la Historia de Gelmírez.

Aparte de una cita de Boecio (6) cuya constancia no cae propiamente dentro de la órbita de nuestro enunciado, en el Cap. CIII, Lib. I (P. Flórez, 198) —texto ya redactado por Giraldo, frente a la afirmación de Amador de los Ríos (7)—, hablando de la pericia de los marinos de Pisa y Génova, cuya técnica aprovechó Gelmírez para su astillero naval de Iria Flavia, encontramos la siguiente alusión clásica a Palinuro, el piloto de Eneas: *Ibi* [apud Pisan et Genuam] *namque optimi navium artifices nautaeque peritissimi, qui Palinuro Aeneae nautae naturae non cederent, habebantur.* «Allí había constructores de navíos y marinos peritísimos que no cedían en ingenio al Palinuro de Eneas». En el Cap. XLII, Lib. II (P. Flórez, 334) hablando de la libertad del Arzobispo, prisionero de Doña Urraca, y describiendo el júbilo con que el pueblo de Santiago le recibió, exclama: *Quantum tamen gaudium, quanta letitia in universis fuerit, Maronis facundia, referendo, sucumberet... Gaudet tota Ciuitas et quasi superato Caribdis naufragio, tripudiat.* «Fué tanto el gozo, tanta la alegría en todos, que la facundia de Marón sucumbiera, si intentase referirlos... Alégrase la ciudad en pleno, y como quien salió bien en el naufragio de Caribdis, triunfa». Utilizando nuevamente la alusión al Mediterráneo mitológico, mentada ya por dos veces en el cap. X, del mismo libro, al referir su paso por el reino de Aragón cuando su viaje a Roma: *Uerum quonian tan dificile, tanque periculosum erat per Regnum Regis Ara-*

(6) «Que vero pertis efficacior ad nocendum quam familiaris inimicus». *De Consolatione*, Lib. III, prosa V. Cfr. H. C., Lib. I, Cap. CIX, repetida exactamente en el Lib. II, Cap. VI (Flórez, 265).

(7) *Historia crítica de la Lit. esp.*, t. II, 183-4, nota 3.

gonensis, per medium Scyllae atque Caribdis transire. «Más, como tan difícil y peligroso era pasar por el reino de Aragón, más aun que por entre Escila y Caribdis». Cita que viene a ser como un eco lejano de la primera alusión hecha ya por Munio y Hugo en el Cap. I, Lib. I (P. Flórez, 6) al narrar la traslación del Apóstol. Del mismo Virgilio se utiliza en dos ocasiones una nueva cita. La primera vez la encontramos en el Cap. CXIV, Lib. I (P. Flórez, 229) en estas palabras: *Fama, qua nullum malum est velocius, refert milites Episcopi et Reginae invasisse Compostellanos* («La fama, *más veloz que todos los males,* susurra que los soldados del Obispo y de la Reina acometieron a los Compostelanos»), que coincide con las de Virgilio: *Fama, malum quo non aliud velocius ullum, (Aeneidos,* Lib. IV, v. 175). Se recuerda nuevamente en el Cap. VIII, Lib. II (P. Flórez, 269). Así: *Iam tunc fama malum, quo non aliud velocius ullum mobilitate viget,* reproduciendo, pues, más exactamente a Virgilio de esta vez.

Al lado de Virgilio encontramos también a Horacio citado con cabal exactitud en el Cap. LIII, Lib. II (P. Flórez, 368) al reprobar la veleidad de la Reina Doña Urraca: *Nempe uerum est illud poeticum: Quo semel est imbuta recens, servabit odorem testa diu. (Epist.,* Lib. I, *Epist.,* II, vv. 69-70. «Que es verdad aquello del poeta: Conservará la vasija por mucho tiempo el olor de que se impregnó cuando nueva».

Finalmente en el Cap. LIII, Lib. III (P. Flórez, 591), condenando la codicia que supone en Alfonso VII, que había arrancado dinero por violencia al Arzobispo, el mismo Giraldo utiliza un símil histórico comparando al Emperador con Craso, dictador romano, y prorrumpe: *Idem Imperator non minus aestuans amere pecuniae quam Crasus, Dictador romanus, cuius erat conditio quosqunque captos pro pecunia extorquere et iustitiam pro auro et argento uenundare...*

III. LA FLORACIÓN DEL ROMANCE

A lo largo de las páginas de la *Compostelana* se percibe un rumor de muchedumbres que sus redactores incorporan a la narración histórica con un innegable acierto no solamente político —en cuanto estas muchedumbres sirven para des-

tacar más y más la acción del héroe—, sino también técnico y literario, ya que a través de ellas llega hasta nosotros un mundo de variadas notas populares y pintorescas unas veces, lingüísticas y literarias otras, que contribuyen todas ellas a dar a nuestra Crónica latina esa riqueza de matices que no nos es dado encontrar fácilmente en ninguna obra histórica de igual naturaleza dentro de su época.

Los redactores de la *Compostelana* mueven estas muchedumbres con un admirable éxito dramático buscando en ellas la ambicionada aureola de lo popular que consagra los actos políticos y religiosos de Gelmírez, hombre de Estado y Pastor de la grey compostelana, «báculo y ballesta», como le llama la propia Crónica. Con esa marcada intención apologética del héroe que preside toda la tarea literaria de los autores de la Crónica gelmiriana, nos es dado ver a esas muchedumbres apiñadas en torno a Gelmírez para aplaudir o sancionar sus actos, y también para mostrar esa universal simpatía de que tan genialmente saben rodearle sus biógrafos. Consignemos a este respecto aquel animado relato de los festejos de Compostela a la vuelta del Obispo hasta entonces prisionero en el castillo del Miño: «Salió a recibirle toda la turba de compostelanos, cantando y tañendo tímpanos, cítaras y otros instrumentos músicos, pagando con alabanzas a la divina piedad por la incolumidad del pastor que venían a recibir...». «En fin, otra restante muchedumbre de adolescentes, gozosos de su deseada presencia, cantando himnos con dulcísimas y armónicas melodías, fueron acompañándolo hasta llegar a la Iglesia de Compostela» (Cap. LXI, Lib. I). El Capítulo se intitula: «Festejos de Compostela a la vuelta del Obispo».

Igual alborozo popular cuando Gelmírez regresa de Lérez (Pontevedra), después de la consagración de Munio Hugo y Alonso como Obispos de Oporto y Mondoñedo: «Y cuando el mencionado Patrono iba a entrar en la Urbe Apostólica, toda la ciudad en pleno salió a recibirle; pues niños pequeños, jóvenes, varones y viejos, doncellas, casadas y matronas, todos salían a presenciar el espectáculo de ver a unos Canónigos de Santiago, educados con ellos desde niños, y ya elevados al culmen del Pontificado» (Cap. LXXXII, Lib. I).

Con todo y la popularidad de que Gelmírez goza en la

Compostelana, sus autores se ven obligados a consignar en más de una ocasión la enemiga de los burgueses compostelanos y sus revueltas, aunque sea ello para destacar más las condiciones políticas de su biografiado. En estos cuadros sombríos los redactores nos dejaron curiosas notas pintorescas. Léanse los Capítulos CXIV, CXV y CXVI del Libro I en donde se narran todos los pormenores de la revuelta de los burgueses compostelanos contra el Obispo y Doña Urraca, con la huída de Gelmírez, disfrazado, por entre la turba, y la reina, desnuda de la cintura para bajo. Ya anteriormente, en el Cap. XC del mismo Libro I, encontramos una graciosa noticia sobre el disfraz de Gelmírez para librarse de sus enemigos: «Cuando los Galicianos llegaron a Carrión, que tenían noticia del sobredicho anatema, buscaban al Obispo para prenderlo; mas protegido por la divina gracia, pudo escaparse envuelto en una capa roja y cubierto con un sombrero de los que usaban los Lombardos».

Consignada ya esta animada presencia del pueblo en la *Compostelana*, nos interesa ahora recoger aquellas otras noticias de índole lingüística y literaria. Renunciamos a repetir aquí —por estar hecho en las otras obras consagradas a esta clase de estudios— el estado lingüístico de la Península por los años en que se redacta nuestra Crónica, y nos limitamos a consignar las noticias que sobre del mismo se encuentran en la *Compostelana*. Que por esta época (c. 1140) estaban los romances en su inicial florecimiento literario nos lo demuestra elocuentemente la curiosa circunstancia de que en ese mismo año se sitúa la elaboración del *Poema del Cid*, primer monumento de la Literatura nacional.

Aparte de este hecho tan significativo, los redactores de la Crónica, inconscientemente unas veces, conscientemente las más, nos suministran amplias noticias sobre este particular. Así nos refieren cómo en el Concilio de León (año de 1107) Gelmírez defendió los derechos de la Iglesia de Santiago, frente a las pretensiones del Obispo de Mondoñedo, en un discurso pronunciado en latín. *Querimoniam... latine ventilavit*, dice la *Compostelana*, lo cual nos demuestra que ya existía otro lenguaje, el romance, que era el vulgar y corriente. Pero las noticias sobre la variedad lingüística peninsular son mayores y, sobre todo, más concretas. Para lograr un copioso

caudal de hechos y notas sobre este particular convendría intentar un estudio de la onomástica y toponimia —más concretamente de esta última— también para determinar los caracteres del latín de la *Compostelana* y el posible influjo del romance en el mismo. El primer capítulo nos demuestra, con respecto al gallego, la transcripción popular de algunos nombres geográficos con caracteres fonéticos marcadamente gallegos (diptongos *ou* y *au*, sufijos *oiro...*), si bien no podemos menos de reconocer —conforme dejamos ya designado arriba— la consciente intención por parte de los autores de mantener la perfecta reconstrucción latina. La segunda cuestión ofrece, al menos de momento, extraordinarias dificultades, especialmente si se tiene en cuenta la carencia de una edición crítica de la Crónica en la que se consigne las variantes de transcripción y, de otra parte, la carencia de estudios de esta naturaleza. Con todo, a través de las páginas de la *Compostelana*, está pugnando por salir a flor la constancia del romance. A cada paso tropezamos con expresiones como éstas: «nostro vocabulo vocitatur», «vulgari appellatione», «quod gallaico vocabulo nominatur», «quod passales vel dextros appelamus».

Hay al comienzo de la *Compostelana* una palabra que no acertaron a explicar los escritores que hablaron —lo poco que se lleva hecho— de la Crónica. Se relata la muerte del Obispo Hermenegildo, diciendo que murió a causa de haber comido «una de las vísceras de la vaca que en gallego se llama *duplicia*». No he encontrado en los diccionarios gallegos este vocablo; Murguía, empero (8), dice que *duplicia* «no es otra cosa sino *callo*, en el sentido doble, fuerte, nombre con que aun hoy se conoce aquella vianda y que, según se advierte, tenía ya en tiempo de Gelmírez».

En el Lib. II, Cap. XX (P. Flórez, 298-9) nos encontramos con una referencia a la lengua de los vascos, al relatar el regreso del Obispo de Oporto, Hugo, de su viaje a Roma: «Aquí [en Bayona] quitóse las vestiduras episcopales y acompañado de sus dos familiares y tomando además consigo un

(8) *Historia de Galicia*, tomo I, 2.ª edic., p. 322, nota 1. La Coruña, Imp. de Eugenio Carré, 1901.

indígena que conocía la bárbara lengua de los vascos, y sabía caminos desusados, entra en los Pirineos; de allí pasa por Guipúzcoa, por Navarra, por Vizcaya, por Asturias, dejando el mar que se estrella contra las últimas rocas de España, andando a pie unas veces, otras a caballo». No se olvide, además, la referencia dada en ampliación paisajística de la «nota» I (9).

En el Cap. XLIX del mismo Lib. II, leemos dos alusiones al árabe al narrar el milagro de la conversión de dos sarracenos en la Catedral Compostelana: ...«y admirándose [los sarracenos] preguntan a un centurión llamado Pedro, a quien como cristiano llevaban por guía y proveedor entre los cristianos, el cual era bastante perito en la lengua de aquéllos». Y un poco más abajo dice aún más claramente: «a esto respondió en lengua árabe el centurión».

Queremos terminar esta última nota sobre la *Compostelana* con dos referencias de índole literaria, muy interesantes para la Historia de la Literatura. 1.ª) En el Lib. II, Capítulo XXXIV, puede leerse la carta que Guillermo IX, Duque de Aquitania, el Príncipe de los trovadores, escribió al Arzobispo Gelmírez, de quien era muy amigo, así como del Conde de Traba. 2.ª) Inspirada en la crónica compostelana escribió, como se sabe, Francisco Navarro de Villoslada (1818-1895) su novela histórica *Doña Urraca de Castilla. Memorias de tres canónigos* (Madrid, 1849).

JULIO FRANCISCO OGANDO VÁZQUEZ.

(9) Cfr. llamada 2.

DECANOLOGIO DE LA S. A. M. IGLESIA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

(CONCLUSIÓN)

El cargo y dignidad de Tesorero, en los siglos XII y XIII, parece que no tenía toda la importancia ni el alcance de atribuciones que le correspondía, sobre todo si se tiene en cuenta lo que era ya entonces la Catedral de Santiago y la solemnidad de sus funciones culturales, ni que sus deberes estuviesen convenientemente delimitados, en atención a lo cual, el arzobispo D. Berenguel de Landora o Landoria, al nombrar Tesorero a su familiar traído de Francia, Aymerico de Anteiac, acordó con el Cabildo, en sesión capitular del 3 de Junio de 1325, que en adelante el Tesorero había no ya solamente de intervenir en las ofrendas del Altar y para el Tesoro, sino además tener a su cargo la custodia de vasos sagrados, ornamentos, vajilla, mobiliario, libros, privilegios y otros documentos del Cabildo, y facilitar cuanto fuese preciso para los actos de culto y servicio del Coro (29). Dada la amplitud de sus cargos y obligaciones, se le facultaba para poder nombrar cuatro capellanes, con destino a la capilla de las Reliquias, Coro, Altar y Tesoro, y además un oficial idóneo para «tocar las campanas menores del mismo Coro, y dos acólitos», todos los cuales nombrados habían de quedar sujetos a la superior corrección del Arzobispo y del Deán.

Del tiempo del tesorero Aymerico nos quedan los Tumbos B y C, éste en dos volúmenes, y el segundo libro de Constituciones.

El cargo de Maestrescuela —Magister Scholarum o Scholasticus—, era conocido también en las sedes episcopales de Francia en el siglo XI, como se deja ver por las subscripciones del ya citado Privilegio del obispo Teodomiro; pero en Santiago parece que no ha existido hasta el pontificado del señor Gelmírez.

(29) Archivo de la Catedral. Lib. II de *Constituciones;* fol. 44 v.

El fué quien, después del año 1112, nombró Maestrescuela, el primero a nuestro parecer, a Giraldo o Gerardo, el cual era ya canónigo, como él mismo lo hace constar en la *Historia Compostelana*, cuando después de relatar la prisión del Prior Pedro, sobrino del Obispo, en Castrojeriz, que iba camino de Roma con comisión de su tío y del Cabildo, escribe: «Quedó, pues, determinado que D. Diego, Obispo de Orense, y yo Giraldo, Canónigo de la Iglesia de Santiago (que intervine en las primeras negociaciones, y compuse estas páginas) visitásemos al Papa Pelagio, con el objeto de conseguir la dignidad Arzobispal». (30).

Como de lo copiado consta, Giraldo fué también uno de los escritores de la *Compostelana*, por encargo de Gelmírez. Continuó la labor de Munio y de Hugo desde 1113 hasta 1121 o 1125, y es de suponer que no después, porque, aparte la carencia de datos positivos, su actuación en las comisiones capitulares a partir de entonces desaparece, ni, como advierte el Sr. López Ferreiro, cuadra a su estilo la redacción de los capítulos que restan.

Otro Maestrescuela nombrado también por Gelmírez, al fallecimiento acaso de Giraldo, fué el Maestro Rainerio, en 1134, clérigo natural de Pistoya y estudiante en Inglaterra, al cual con probabilidad se le atribuye por lo menos en parte, la continuación desde el año 1125 de la *Historia Compostelana*, completada, tal vez, por otros tres escritores anónimos. (31).

No nos parece aventurado sospechar, teniendo en cuenta lo arriba anotado, que la creación de la dignidad de Maestrescuela en Santiago, y aun la del Cantor y el cambio de título de Prior del Cabildo por el de Deán, obedeció, en parte al menos, a las corrientes de influencia francesa (32) en las cuales tanta parte tuvieron los monjes de Cluny, bien notadas en

---

(30) *H. Compostelana*. Lib. II; cap. VI.

(31) Tal es el parecer del P. Almuzara, S. J., basado en la diversidad de estilos, no disconforme con el Sr. López Ferreiro.

(32) Así parece indicarlo la misma Compostelana cuando, en el libro II, capítulo III, dice: «Como por aquellos tiempos la Iglesia de Santiago estaba inculta y carecía de disciplina, aplicóse (Gelmírez) a transportar a ella las costumbres de las Iglesias de Francia».

el reinado de Alfonso VI, y de las cuales no podía verse libre Gelmírez, formado en su primera juventud en la Corte de León, estimado y favorecido por D. Ramón de Borgoña, con múltiples y bien acentuadas y valiosas relaciones en Francia y en la Sede Romana de un Sumo Pontífice francés, del cual recibió la alta dignidad de Metropolitano.

El Maestrescuela, en los siglos XII, XIII y XIV, era conocido en nuestra Catedral indistintamente con los títulos de *Magister Scholarum* y *Scholasticus*, como consta, en primer término, del siguiente título del capítulo correspondiente al acuerdo capitular de 25 de Julio de 1170, copiado en el libro I de Constituciones del Archivo de la Catedral, que dice: «Magisterscolarum siue scolasticus quid teneat facere» —Obligaciones que incumben al Maestrescuela o Escolástico—.

A mayor abundamiento, Lorenzo Pérez es nombrado con el título de «Scholasticus» en un acuerdo capitular de 18 de Febrero de 1310, y con el de «Magisterscholarum» en otro del 7 de Septiembre del siguiente año. Y así también, mientras en el referido acuerdo de 1170 repetidamente se menciona al Magisterscholarum, como en el de 1311, en otras varias actas y acuerdos de 1310, 1319 y 1325, en la sesión capitular en la que se dió cuenta de la primera carta del Cabildo de Reims al de Santiago, o en la que se concretan las obligaciones del Tesorero, etc., se le titula «scholasticus iohannis scolasticus» —«Fernando Iohannis scolastico» presente—. (33).

Según el acuerdo del 25 de Julio de 1170, al Maestrescuela incumbía custodiar el sello del Cabildo, sellar las cartas oficiales y otros documentos de la Corporación, señalar por sí o por medio de otro las diarias lecciones de Maitines y buscar y nombrar un preceptor, que además de enseñar Gramática (in facultate Gramatice) a quienes de la Catedral, ciudad o Diócesis acudiesen a la escuela o academia, había de encargarse de redactar las cartas y otros documentos del Cabildo y corregir los defectos de lectura de las lecciones en el Coro, para lo cual quedaba obligado a la asistencia en las principales festividades, mediante la retribución de sesenta sueldos leoneses.

---

(33) Archivo de la Catedral. Tumbo C; fol. 289 v., y lib. II de *Constituciones*, fol. 42 v.

En atención al excesivo trabajo y gran responsabilidad que pesaba sobre el Maestrescuela, por el mismo acuerdo se le concedió que pudiese percibir doble porción canónica, de la cual había de quedar privado en caso de negligencia o descuido (34), con un doblero equiparado a los porcioneros menores, del cual, sin embargo, ya no se hace mención a mediados del siglo XVI, sin duda por modificación de tal acuerdo capitular.

Otras dos Dignidades nos resta mencionar entre las veinte, con que llegó a contar el Cabildo de la Catedral Compostelana: las de los Priores de Sar y de Santiago.

Fué creada la primera en 27 de Abril del año 1159, por el Arzobispo D. Martín Martínez, que la concedió a perpetuidad al Prior de Sar, con derecho a la participación en la Canónica y semanas, y la segunda en 1530, cuando, por concesión del Papa Clemente VII, se reservó a tal fin, en el momento que vacase, la canongía de que disfrutaba Juan de Lemos, quien hizo a su vez cesión del beneficio de San Cristóbal de Mallón a favor de la nueva Dignidad.

Por el Concordato de 1851, a seis quedaron reducidas las veinte Dignidades de nuestra Catedral Compostelana. Fueron conservadas las de Deán, Chantre, Maestrescuela y Tesorero, reapareció la de Arcipreste, que ocupa el primer puesto después del Deán, como presidente que era del Cabildo hasta los primeros años del siglo XII, y se redujeron a uno los siete Arcedianos.

De las demás Prebendas, que en algún tiempo llegaron, con las Dignidades, al número total de ochenta y seis, y habían quedado reducidas a cincuenta, suprimióse la tercera parte.

El título de Deán aplicado al Presidente de un Cabildo catedralicio, ya en uso en Francia en el siglo XI, no fué empleado en Compostela hasta el comienzo del segundo decenio del XII, coincidiendo tal fecha y acontecimiento con la elevación de la Iglesia de Santiago a la categoría de Metrópoli, con D. Diego Gelmírez por primer Arzobispo de esta

---

(34) ARCHIVO DE LA CATEDRAL. Lib. I de *Constituciones;* fol. 3. — «Si negligens in predictis fuerit seu remisus duplicata careat portione».

Sede (35). De aquí que a Pedro, que podemos llamar I, sobrino de Gelmírez, corresponda la primera página de nuestro *Decanologio*. (36).

No podemos afirmar de manera cierta e indudable que al escribirlo no se nos haya pasado por alto el nombre de algún Deán, de los que hasta después de mediados del siglo xv, que es cuando comienzan los libros de Actas capitulares de nuestra Catedral, han presidido el Cabildo Compostelano; ya que entre las fechas de unos y otros documentos que hemos logrado recoger y registrar median, a veces, espacios que, si no de muchos años, son por lo general, suficientes para dar cabida a la existencia de alguno de poca duración en el cargo.

Séanos, sin embargo, permitido abrigar la esperanza de que nuestra relación esté completa,

Salustiano Portela Pazos.

---

(35) Habida cuenta de la extraordinaria importancia de Compostela en el siglo xii, centro de afluencia de tantas peregrinaciones extranjeras, con su grandiosa Catedral, la más antigua de cuantas se mantienen en pie en España, y del esplendor y magnificencia con que el culto se celebraba en torno del Sepulcro venerando del Santo Apóstol, Patrono y evangelizador de nuestra Nación, nada tiene de particular que aquí comenzase, siguiendo el ejemplo de las Iglesias de Francia, y de aquí se extendiese a las otras de la Península, la denominación de Deán aplicada al Presidente del Cabildo catedralicio. Y esto mismo lo permite suponer el Sr. Muniz Pablos, cuando en su citada obra *Derecho Capitular*, escribe: «El nombre de Deán aparece —dicen Salazar y La Fuente—, en los Cabildos de España del siglo xiv, pues antes era general la denominación de prior, que abandonaron para distinguirse de los regulares; pero es lo cierto que ya en el siglo xiii los Cabildos que se crearon o restablecieron en Andalucía, aparecen con sus deanes a la cabeza». En Compostela aparece el Deán en el primer cuarto del xii.

(36) Estimamos muy difícil, por no decir imposible, formar una relación exacta y completa de los Abades, presidentes del Cabildo Compostelano, hasta mediados del siglo xi, tanto por carencia de documentos suficientes para el caso, como y principalmente, porque en los que nos quedan, con subscripciones eclesiásticas, figuran, a veces, en uno mismo, diversas con el título de Abad, sin la menor indicación para poder distinguir los de las iglesias catedrales de los de los muchos monasterios establecidos en la región, ni es tarea fácil aclararlo.

No desistimos, sin embargo, de intentar un avance de tal relación, con la esperanza de que otros más y mejor documentados, la aumenten y perfeccionen, y hasta, si es hacedero, la completen.

PUENTEDEUME Y SU COMARCA

(APUNTES HISTÓRICOS)

TERCERA PARTE

Desde la fusión de la casa de Andrade con la de Lemos hasta nuestros días

III. Vida económica

(CONTINUACIÓN)

Un contrato análogo al anterior es el del platero Francisco Suárez de Ponte, vecino de Puentedeume, con el de Centroña, Francisco Rodríguez, otorgado el 7 de noviembre de 1762, comprometiéndose a enseñar a éste dicho oficio en el término de dos años, por el estipendio de 340 reales, a condición de sustentarle en su propia casa, sin poderlo mandar «a la fuente à buscar sella de agua, ni cañado ni haz de leña, ni cavar en las viñas», y si no asistiese el tal aprendiz, pondría el maestro a cuenta de él «un oficial con cuatro reales cada día» (1).

En 1644 trabajaba en Puentedeume el platero Pedro López de Losada, quien, en 13 de febrero de dicho año, tenía compromiso de hacer, para la iglesia de San Julián de Ferrol, una cruz grande, «de valor y peso de siete libras de plata» (2).

---

(1) PABLO PÉREZ COSTANTI, *Diccionario de artistas que florecieron en Galicia durante los siglos XVI y XVII*. Santiago, 1930, pág. 523.

(2) PÉREZ COSTANTI, *Diccionario*, pág. 332. El oficio de platero no debió alcanzar gran desarrollo o importancia en Puentedeume, por cuanto aparecen trabajando para la villa e iglesias del contorno otros artistas avecindados todos en Santiago. Pérez Costanti, en la citada obra, da noticia de los siguientes:

En 1563, Guillermo de Gante, platero flamenco, recibió del Concejo de Puentedeume el encargo de una cruz de peso de 24 marcos para la iglesia parroquial. (*Dic.*, pág. 222). El mismo, en 1568, confeccionó una cruz para la iglesia de Santiago de Franza.* (*Dic.*, pág. 224).

En 1568, Rodrigo de Pardiñas o Paradiñas, hizo, para la iglesia de San Esteban de Erines, una cruz de plata de seis marcos de peso, «con los braços bien labrados al romano acicelados de medio relieve». (*Dic.*, pág. 418).

En 1571, Jácome de Corticela labró, para San Félix de Monfero, una cruz de plata de siete marcos, «de romano», con las figuras de Cristo, la Virgen, San Juan y los cuatro Evangelistas. (*Dic.*, pág. 140).

En Puentedeume hubo cerrajeros, entalladores y pintores cuya labor no debía ser de escaso mérito.

Vecino de la mencionada villa era el cerrajero Mestre Jerónimo, a quien le encomendó el Concejo, en 27 de febrero de 1555, una reja de hierro para la capilla de San Juan Bautista, emplazada en la parroquial, por el precio de cuarenta ducados, la cual reja llevaría un palmo más de altura que la de la capilla mayor, «con sus dos puertas e su ferrollo e fechadura y las varas de las rejas estañadas y bien labradas» (1).

Hacia mediados del siglo XVII vivía en Puentedeume el entallador Francisco López, de quien se conocen algunas obras, pero no ejecutadas dentro del término judicial. Otro entallador de la villa era Mestre Gregorio, a quien, en 1548, se le abonaron por el Concejo veinticinco duca-

---

En 1595 cobró Rodrigo Azedo *el Mozo*, hijo de Rodrigo Azedo *el Viejo*, la cantidad de treinta y ocho reales y medio por «adereçar» la cruz procesional de plata de la parroquial de Puentedeume. (*Dic.*, pág. 5).

En 1596, Francisco Pardiñas recibió del fabriquero de la parroquial de Puentedeume doscientos cuarenta y ocho reales por una naveta y un cáliz de plata. (*Dic.*, pág. 417).

Jorge López de Lemos, que floreció a principios del siglo XVII, ejecutó las cruces procesionales de San Salvador de Maniños y Santa María de Doroña. (*Dic.*, pág. 330).

En 1627, Pedro de la Iglesia contrató con el convento de San Agustín de Puentedeume «un guión de plata de peso de doce marcos... y ha de llevar en los quadros, de un lado un San Agustín y del otro Nuestra Señora de la Concepción», debiendo percibir a razón de treinta y siete reales por marco. (*Dic.*, pág. 229).

Los artistas mencionados residían todos en Santiago, como ya se dijo. El autor a quien seguimos sólo nos da cuenta de uno que no fuese de aquella vecindad y que trabajase para iglesias de la comarca eumesa: Felipe de Ugarcalde, domiciliado en Betanzos. En 1622 (1.º de marzo) dió carta de pago al fabriquero de San Juan de Callobre por un relicario de plata para el Santísimo Sacramento de dicha iglesia; en 1632 le encomendó el Concejo de Puentedeume una custodia y relicario para el Sacramento de la parroquial de la villa, con el pie de bronce y lo demás de plata dorada, dándole un cáliz quebrado de plata, y para el pie de la custodia y comprar metal y azogue, sesenta y cinco reales, habiéndosele de pagar, por razón de hechura, ciento setenta reales; en 1637 (22 de enero) hizo para la citada iglesia de San Juan de Callobre un cáliz con su patena y un relicario para el Santísimo en las procesiones, percibiendo doce ducados; consta también que labró la cruz de Santo Tomé de Bemantes. Hay noticia de un contrato verificado por él en 1613 para enseñar el oficio, por tiempo de seis años, a Juan Espiga, vecino de Mugardos. (*Dic.*, páginas 533-534).

(1) Pérez Costanti, *Diccionario de artistas*, pág. 306.

dos «en pago del retablo que face para la capilla de San Juan», y en 1550 cincuenta y cinco ducados «con que se le acabó de pagar dicho retablo» (1).

El pintor avecindado en Puentedeume, Alonso Boceta de la Fuente, contrató las siguientes obras: en 11 de enero de 1626, la pintura y dorado del retablo de la capilla mayor de Santiago de Barallobre, debiendo «ir las cajas de los santos con sus damascos y telas diferentes; y el Apóstol Santiago, dorado el sayo y capa azul con sus florones de oro y plata; y el Apóstol San Pedro, el sayo azul y la capa colorada con sus florones y estrellas y cenefas de las ropas de plata y oro», todo por treinta y un ducados; en el mismo año, por veinticuatro ducados y término de dos meses, la pintura y dorado del retablo mayor de San Mamed de Larage, debiendo llevar «unas telas de oro las cajas de los tres santos de abajo y el Cristo encarnado y la caja del mismo ha de ser un nublado con sus lejos»; en 25 de abril de 1628, el retablo de Santa María de Hombre, debiendo pintar «en los guarda polvos quatro figuras de pincel de medio cuerpo, las quales an de ser de los quatro Evangelistas», asignándosele por materiales y mano de obra quinientos veintidós reales; en 1.° de mayo de 1631, con Alonso Pernas y Gabriel do Fojo, «maestres de las trayñas», y por el precio de trece ducados «y dos millares de sardina fresca al pie del barco para la primera sazon que viene deste año», dar pintadas y doradas las andas de la Santísima Trinidad, de la cofradía de mareantes. Otro pintor vecino de Puentedeume, Pedro de Veyroa, aceptó, por 1.275 reales, la pintura y dorado de la capilla fundada en la iglesia parroquial por Alonso de Noguerido (2).

---

(1) PÉREZ COSTANTI, *Diccionario de artistas*, págs. 326 y 272-273. Para iglesias de la comarca trabajaron:

Juan de París, francés, avecindado en Santiago, que hizo en 1610 el retablo de San Vicente de Caamouco, y en 1613 (16 de enero), para San Pedro de Perbes, una efigie de San Miguel, de cuatro palmos de alto, y otra de Nuestra Señora, de cinco palmos. (*Dic.*, pág. 421).

Alonso González Salgado, de San Pedro da Porta (Sobrado), que se convino, en 10 de octubre de 1667, con el prior de Monfero, para la obra de un tabernáculo y custodia en la capilla mayor, que ejecutaría en tres años. (*Dic.*, página 268).

(2) PÉREZ COSTANTI, *Diccionario de artistas*, págs. 58-59 y 556. Proporcionaron obras a otras iglesias de la comarca eumesa:

Blas de Mariño de Camaño, vecino de Betanzos, a quien se debe, por encargo de 13 de marzo de 1617, la pintura y dorado del retablo de Santa María de Centroña, por treinta ducados «y además cada feligrés su gallina»,

IV

Toda la reseñada producción vino determinando un tráfico considerable, hecho hoy principalmente por ferrocarril, y quedando el movimiento del puerto casi reducido a la exportación de maderas.

En la estación férrea de Puentedeume se recibe y expide anualmente un promedio de mercancías que excede de 1.200 toneladas.

La exportación de ganado vacuno alcanza a más de cien vagones al año.

Por el puerto sale mucha madera de construcción, habiendo años en que llega a 12.000 toneladas.

Completan las necesidades del tráfico varias empresas de automóviles.

Puentedeume era aduana de cuarta clase y constituía un distrito mandado por un ayudante de Marina, suprimido en 1927 y restablecido en 1930.

El tráfico marítimo disminuyó desde que se construyó la vía férrea, el cual, por otra parte, nunca fué favorecido por las condiciones naturales del puerto, hoy cerrado a embarcaciones mayores, a causa del puente levantado a su entrada.

No sucedía esto antiguamente, pues aquellas condiciones naturales no habían llegado al grado desfavorable que ahora alcanzan, según se echa de ver por el arenal de la Magdalena, que en gran parte es de reciente formación, y así nos encontramos con testimonios como el contenido en las *Memorias* del canónigo visitador de la diócesis compostelana D. Jerónimo del Hoyo, quien asevera que por el Eume «suben muchos navíos de Francia y de Flandes y de Vizcaya y de Portugal y de otras partes, con todo género de mercancías, y ansí en la dicha villa hay hombres que tratan en ellas y que en breve se suelen hacer ricos, y

---

y la «pintura de dos escudos de armas y otras cosas y banderillas que pintó para el recibimiento de Su Ex.ª» (el conde de Andrade), por lo cual recibió del Concejo de Puentedeume, en 1619, ciento cincuenta reales. (*Dic.*, páginas 356-357).

Pedro de Landeta, vecino de La Coruña, que aceptó por 350 reales, en 11 de abril de 1655, la obligación de pintar y dorar el retablo de la capilla mayor de San Pedro de Villar. (*Dic.*, pág. 312).

Francisco de Andrade, de naturaleza y vecindad desconocidas, que en 16 de noviembre de 1684 se comprometió a pintar y dorar, por 660 reales, el retablo que se había hecho para la capilla de San Roque de Puentedeume, cuyas armas pintaría en medio. (*Dic.*, pág. 23).

también se embarca en este río todo género de vino de lo que se coge en la tierra y se lleva a Asturias y a Vizcaya y a otras partes».

En el partido se celebran hoy unas diez ferias mensuales.

Las ventas que se hacían en la villa, del pescado, frutas y otras mercaderías, estaban minuciosamente reguladas, y estas prácticas fueron recogidas en las ordenanzas de 1622.

Allí se establece que de las mercaderías que viniesen, tanto por mar como por tierra, para abastecimiento de la villa, nadie las compre al por mayor para volverlas a vender, ni salga a los caminos para adquirirlas un cuarto de legua a la redonda ni en la ría y playa, hasta después de tres días de hallarse a la venta, con pena de la pérdida de tales mercaderías y mil maravedís; que el pescado y demás efectos que vengan por mar sea menester descargarlos y venderlos en la villa, exceptuándose los navíos grandes imposibilitados de entrar, los cuales descargarán en otros pequeños, previa la consiguiente licencia y el pago de los derechos debidos, y se les facultará para cargar «de naranja, limón, fruta y otras cosas de la tierra, con tal que, aunque ayan concertado la dha naranja, limón y fruta en otras partes fuera de la dha vi^{a}, ayan de tomar y comprar primero la de los v^{s} de la dha vi^{a} y su jurdición y alfoces que la de los de fuera», bajo la misma pena que en el caso anterior; que los que traigan pescado «lo bendan en la plaza pu^{a} o en el peyrao y muelle por pesso, a los precios que le fueren puestos por la Jus^{a} o por el behedor de los mantenimientos y no en cassas ni otra p^{te}, ecepto que los de fuera lo puedan bender en sus barcos y en la rribera, y si el pescado que trajeren fuere sardina, xurelo o otro menudo, ansí los unos como los otros lo pueden bender pu^{ca} mente a todos en los barcos y rribera después que le sea puesto precio por la jus^{za} o por el behedor», y que se han de esperar por lo menos tres horas para que se provisten los vecinos y comarcanos, y si alguien lo tomase para volverlo a vender y no hubiere el suficiente, se le pueda recuperar al precio de adquisición, pena de perder el pescado y de 500 maravedís, «y se entiende que al pescado grueso se le aya de poner y ponga postura y precio por todo el tpo del año, pero a la pescaría que pesse pescado menudo solo se le ha de poner el dho precio dende principio de abril hasta el fin de set^{e} de cada año»; y que el trigo, centeno, mijo y cebada no se vendan sino en la alhóndiga y azogue de la villa «y en el suelo bajo della, sin subirlo arriba, y por la medida marcada que se ussa, pena de perderlo y de cuatrocientos mrs», en la que incurrirán los vendedores y compradores y el arrendador del azogue y alhóndiga.

V

El partido de Puentedeume posee una regular abundancia de vías de comunicación.

La más antigua de estas vías del Estado es la carretera de Betanzos a Jubia (Narón), de segundo orden, con 43 kilómetros, la que enlaza con la de Ferrol a Lugo, de la que utiliza 7 kilómetros para llegar a la ciudad departamental. De ella forma parte el puente de piedra sobre el Eume, de 850 metros. Dispúsose la construcción de esta carretera en el año 1806, pero quedaron en suspenso las obras con motivo de la invasión francesa, no reanudándose hasta 1834 y estando ya terminadas en 1863 (1).

De la carretera de Betanzos a Jubia arrancan las siguientes, todas de tercer orden: hacia el norte, en el ayuntamiento de Cabañas, la de Mugardos, de unos 11 kms., que es la más antigua de estas derivadas, pues se hallaba en construcción en 1863, con ramales a Redes de 1'5 km., a Ares de 3 y al Seijo de 2, y la de Puentes de García Rodríguez, que hasta hace poco terminaba en el ayuntamiento de Capela y que concluye sus 20 kms. en Vilavella, término municipal de dicho Puentes, uniéndose aquí a la carretera de Ferrol a Lugo, 2 kms. antes de la referida villa de Puentes de García Rodríguez; y hacia el sur, en el lugar de Campolongo, feligresía de Villar, en el ayuntamiento de Puentedeume, la de Curtis, que por ahora concluye en Monfero, después de 17 kms. de recorrido.

Además de las reseñadas, hay éstas: las carreteras militares que desde Mugardos van al castillo de la Palma, a Montefaro y a otros lugares de la costa y ría de Ferrol, con una longitud de 10'5 kms.; la carretera provincial de 3 kms. que une a Redes con Ares; la de 4 kms. a Ares, que sale de entre Mugardos y la parroquia de Lubre; la de 6 kilómetros que por Maniños se une en Fene a la de Betanzos a Jubia; la provincial de 5 kms. que arranca de Campolongo y concluye en Villar-

(1) El Ayuntamiento elevó una exposición al rey, en 24 de octubre de 1817, en la que consta que en la fecha de la invasión francesa estaba el superintendente de caminos haciendo abrir, de orden de Carlos IV, el camino real proyectado desde Betanzos por Puentedeume y Neda al departamento de Ferrol, hallándose ya medio construída y en condiciones de transitarse la tercera parte de la distancia de Betanzos a Puentedeume, y demarcado todo el restante espacio, continuando, a la fecha, en el mismo estado. Se pide la construcción de dicho camino o carretera desde Betanzos y no desde Baamonde.

mayor, y, por último, el trozo de más de un kilómetro que une a Puentedeume con la estación del ferrocarril.

A estas carreteras hay que agregar bastantes caminos vecinales que en todos los ayuntamientos del partido se construyeron en estos últimos tiempos y que sería prolijo reseñar aquí.

Tócanos ahora hablar de la principal de nuestras vías de comunicación: el ferrocarril de Betanzos a Ferrol.

Se inauguró oficialmente el 5 de mayo de 1913. No obstante, ya en 4 de febrero del año anterior había pasado, a las 10'30, por la estación de Puentedeume, hacia el Ferrol, el primer convoy, procedente de Madrid, conduciendo a los invitados para la botadura del acorazado *España;* otro tren de invitados llegó a las 12'30 del mismo día, y a las 3'19 de la tarde entró en agujas el tren real, en el que iban D. Alfonso XIII y su esposa D.ª Victoria Eugenia. Se efectuó el regreso en los mismos trenes el día 6 siguiente (1).

El ferrocarril de Betanzos a Ferrol fué, sin duda, el más lento de cuantos se abrieron en España.

El 12 de mayo de 1864, el entonces diputado a Cortes por Puentedeume, de tan grata memoria, D. Frutos Saavedra Meneses, quien era a la sazón director general de Obras Públicas, obtuvo que se extendiera la real orden para estudiar el proyecto de este ferrocarril. Desde entonces, nada menos que cuarenta y nueve años, llevaban esperando los habitantes de la comarca que la ansiada línea se trocase en realidad.

En 27 de julio de 1883 se autorizó al Gobierno para llevar a cabo, con fondos del Estado, las expropiaciones, explanaciones y obras de fábrica; en 10 de agosto de 1896 verifícase la subasta; en 1898 comienzan los trabajos y en 6 de septiembre de 1900 inaugura la reina regente las obras de la estación de Ferrol.

---

(1) Fué la antedicha la segunda vez que D. Alfonso de Borbón pasó por Puentedeume. En la tarde del 25 de julio de 1909 estuvo aquél breves momentos en la villa, procedente de la ciudad del Apóstol y en dirección hacia el Ferrol. Hizo el viaje en automóvil, y le acompañaba el entonces presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Maura, el ministro de Marina señor Ferrándiz y el gobernador de La Coruña señor Crespo de Lara. En el año 1690 albergó la villa del Eume a otro soberano: la reina D.ª María Ana de Neobourg que, procedente de Mugardos, a donde había llegado el 8 de abril del mismo año, se dirigía por tierra a La Coruña. Venía directamente desde Alemania para embarcar en dicha capital, cuando, después de sufrir un inminente riesgo la escuadra que la conducía, tuvo que arribar al Ferrol, pasando desde allí a Mugardos y de esta villa a Puentedeume, para seguir a la actual capital gallega.

Hasta el año de 1913, como ya se dijo, no se inauguró oficialmente la línea, quedando desde entonces establecido normalmente el servicio.

A las 6'35 de la mañana del lunes 5 de mayo de dicho año, llegó a la estación de Puentedeume el primer tren de viajeros procedente del Ferrol, compuesto de dieciocho vagones y arrastrado por dos máquinas, una de ellas artísticamente engalanada con guirnaldas de flores y con banderas, y ostentando un gran rótulo con el nombre de Saavedra Meneses y sobre el rótulo los escudos de Ferrol y Betanzos.

En ese día circularon ocho trenes, cuatro ascendentes y otros cuatro descendentes, cuyas horas de paso por la estación de Puentedeume fueron, según horario: ascendentes, 6'42, 8'17, 13'53 y 18'50; descendentes, 9'39, 11'34, 16'6 y 20'40.

En Puentedeume esperaba un enorme gentío con una banda de música al tren descendente de las 11'34 (1).

Los demás servicios de comunicaciones (correos, telégrafo y teléfono) van llenando, análogamente a lo que ocurre en comarcas de igual índole, las necesidades del país. El de embarcaderos es deficiente, pues sólo cuentan con ellos Puentedeume, Ares y Mugardos.

VI

Al hablar del desenvolvimiento económico de la tierra eumesa es

(1) Daremos aquí unas breves notas descriptivas de la línea. Es de vía ancha ordinaria, alcanzando 43 kilómetros de longitud. Empalma con la línea de Palencia a La Coruña en la estación del Norte, de Betanzos, y desciende por un trayecto de máxima pendiente, con un túnel, para llegar a la nueva estación construída en el pueblo, a 6 kilómetros. Saliendo de Betanzos (pueblo) se atraviesa el Mandeo sobre un puente metálico, a continuación del cual se abre el segundo túnel. Pasado el apeadero de Paderne, km. 4, se penetra pronto en él tercer túnel, y seguidamente se cruza un alto puente sobre el Lambre, encontrándose a poco la estación de Miño, km. 13. Asciende la línea hasta el apeadero de Perbes, km. 18, hallándose luego la estación de Puentedeume, km. 24, a la que se llega después de pasar por los altos terraplenes de Vizús y Centroña, que recubren sólidos puentes de sillería. Al otro lado del gran puente metálico sobre el Eume hay el apeadero de Cabañas, km. 25, casi emplazado en plena playa. Pasado el túnel cuarto y último de la línea está la estación de San Juan de Piñeiro, mal llamada de Franza, km. 29. Siguen a ésta las de Barallobre, km. 32, Perlío, km. 34, y Neda, km. 37, después de la cual se tiende un largo puente metálico en línea curva sobre la ría, y, por último, se encuentra el Ferrol en el km. 43. El trayecto es casi todo él a orilla del mar, y cuanto pudiera decirse en elogio de la bellísima comarca que atraviesa, nunca bastaría a ponderarla en el grado que se merece.

de absoluta justicia recordar al eficaz promotor de sus comunicaciones, D. Frutos Saavedra Meneses.

Y en efecto, ahí están, pregonando su interés por los distrituales que representaba en Cortes, el muelle de Puentedeume y los de Ares y Mugardos, así como la mayoría de las carreteras que cruzan aquel país; ahí está también el ferrocarril de Betanzos a Ferrol, por cuya concesión se afanó tanto, hasta el punto de haber obtenido la real orden que manda estudiar el proyecto del referido ferrocarril.

En cuatro legislaturas representó a Puentedeume tan distinguido hombre público, siendo elegido por primera vez en 20 de noviembre de 1860, y después en 12 de octubre de 1863, en 12 de abril de 1864 y en 24 de noviembre del propio año.

Nació Saavedra Meneses en Ferrol, el 25 de octubre de 1823, y se bautizó el 27 del mismo mes en la iglesia parroquial de San Julián. Fueron sus padres D. Antonio Saavedra, propietario en el partido de Puentedeume y caballero maestrante de Sevilla, y D.ª María de la Candelaria Meneses.

A nuestro biografiado no sólo debe recordársele como político, sino también como militar distinguido, que, con una brillante hoja de servicios, alcanzó la graduación de coronel de Infantería. Estuvo en la campaña de Africa contra el imperio de Marruecos, habiéndose distinguido en varias ocasiones, por lo cual se le recompensó con la cruz de San Fernando, con el nombramiento de comendador ordinario de la Orden de Carlos III y con el diploma de caballero de la Orden de San Hermenegildo, además de los ascensos que se le otorgaron desde comandante a teniente coronel.

Hombre de vasta cultura, que había viajado por Francia, Alemania, Bélgica, Holanda e Inglaterra, escribió importantes trabajos de carácter militar. Tales fueron: *Memoria sobre la fabricación en distintos países de las armas de fuego portátiles*, en colaboración con el coronel D. Francisco Elorza, *Los estudios de fortificación*, *Descripción de algunos instrumentos de geodesia y topografía*, *Apuntes para la historia de los sucesos de Julio de 1854*, *Experiencias verificadas con el aparato de bases*, en colaboración con el comandante de Ingenieros D. Carlos Ibáñez, obra que fué traducida al francés, y un *Discurso sobre los progresos de la geodesia*.

Fué individuo de número de la Real Academia de Ciencias y de la de la Lengua, miembro de la Sociedad Geográfica de París y de la Meteorológica de Francia, formó parte de importantes comisiones, como la encargada de trazar el mapa general de España, y, finalmente, se le

nombró, en 16 de marzo de 1864, director general de Obras Públicas (1).

Falleció Saavedra Meneses en Madrid, el 23 ó 24 de octubre de 1868.

En el salón de sesiones del ayuntamiento de Puentedeume hállase un retrato de tan ilustre patricio, y en prueba de grata recordación se le dió su nombre al muelle de la villa.

Otro retrato hay en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de La Coruña, con una inscripción donde consta que a la edificación del mismo contribuyeron las gestiones de Saavedra Meneses.

Merecen citarse sus campañas parlamentarias, por ser nota saliente de ellas su amor a Galicia y la defensa de los intereses del distrito que le había confiado sus poderes.

Reclamando la construcción del ferrocarril gallego de Palencia a La Coruña, con el deseado ramal hasta Ferrol, se expresaba así en las Cortes:

«Galicia está llamada a un gran porvenir. Es un país que necesita ser más conocido de los españoles en general, y hasta es preciso levantar un poco en aquellas provincias la opinión que tienen de sí mismas. Galicia contiene la octava parte de los habitantes de España, y la densidad de su población es doble del término medio de la de la Península, superando en algunas comarcas de la costa a la de los países más poblados de Europa. Si las altas mesetas y las montañas producen poco, sus valles son amenísimos y su litoral marítimo no tiene superior ni en España ni fuera de España. Su producción por hectárea es un tercio mayor que el término medio de la Península, y en alguna de sus provincias, la de Pontevedra, excede en un quinto al término medio de la producción por hectárea del imperio francés. En instrucción primaria, Galicia, si bien atrasada, rivaliza con Inglaterra y Francia. El número de indigentes, que con tanta razón preocupa a los gallegos amantes de sus paisanos, no excede, sin embargo, del término medio de la indigencia en la Península entera, siendo una tercera parte menor que el término medio relativo a toda Europa; y, por último, señores, Galicia comparte con Asturias y las provincias vascongadas la señalada honra de ser el país de menor criminalidad de toda la Península...

---

(1) El conocido autor de *El Idioma Gallego*, D. Antonio de la Iglesia, publicó una minuciosa biografía de Saavedra Meneses en el núm. 20 del tomo IV de la revista *Galicia*. Se reprodujo dicha biografía en el folleto *Colección de escritos publicados en octubre de 1846 con motivo de la llegada a Galicia del Iltmo. Sr. D. Frutos Saavedra Meneses*. Ferrol, 1864.

»Tal es el campo abierto a los capitales y a la actividad de las empresas que se propongan construir y explotar esta vía férrea. Los ricos minerales, los productos vegetales de todas clases, los excelentes ganados, la abundancia de pescados, hacen de Galicia un venero de riqueza que los ferrocarriles están llamados a fecundizar, dando verdadera vida comercial a las poblaciones de la costa, que desde las bocas del Eo a las del Miño presenta un conjunto admirable de puertos sin rival en Eropa. A fin de contribuir a que todo esto sea conocido y apreciado cual se merece dentro y fuera de España, ruego a los señores diputados se sirvan tomar en consideración el proyecto de ley que he tenido la honra de apoyar...»

Más adelante, prosigue en estos términos:

«España tiene comprometidos 1.800 millones para subvenciones de ferrocarriles; las provincias de Galicia pagan la séptima parte de una de las contribuciones generales, la duodécima parte de otra; y estando nosotros desheredados hasta ahora en materia de ferrocarriles, ¿tenemos derecho o no a pedir la parte alícuota que nos corresponde en el reparto de subvenciones? Es posible que dentro de año y medio se vaya en ferrocarril desde Madrid a Santander, San Sebastián, Tarragona, Cartagena, Málaga, Cádiz y Lisboa, como se va ya a Bilbao, Barcelona, Valencia y Alicante. ¿No tenemos derecho a preguntar cuándo se irá a Galicia?

»Se trata, señores, de la octava parte de los españoles, que vienen a pedir lo que como a tales se les debe: que sus hermanos les ayuden, como ellos les han ayudado. Si esto no es justo, yo no sé lo que es justicia en la tierra. Tengan en cuenta, además, los señores diputados, que no se atiende sólo a un interés provincial, sino también al de la nación entera. Cuando vamos a tener en breve enlazada la capital de la monarquía con los departamentos marítimos de Cádiz y Cartagena, el primero de nuestros departamentos, el Ferrol, ¿ha de quedar incomunicado con el centro de Gobierno?»

Basten los párrafos transcritos para formarse una idea de lo que Galicia representaba en los afanes del diputado por Puentedeume.

Así se comprende el extraordinario júbilo con que Galicia le recibió, en justa correspondencia, con ocasión de su vuelta a la tierra natal en el año de 1864.

Tras de haberle declarado La Coruña su hijo adoptivo, recorre triunfalmente los diversos pueblos de la comarca eumesa, en los cuales perdura todavía la memoria del entusiasmo con que todos le aclamaban.

Llegó a Puentedeume el ilustre diputado, procedente de La Coruña,

el día 12 de octubre del citado año de 1864, haciendo el viaje en el vapor *León*, y estuvo en la villa hasta el 19 del mismo mes, recibiendo en ese tiempo constantes manifestaciones del afecto popular.

Dió realce al magno recibimiento que se le tributó el haberse inaugurado en aquella ocasión el muelle de Puentedeume, construído merced a las gestiones del eximio huésped.

Háblannos los escritos publicados por la prensa entonces de algunos detalles curiosos de aquellos festejos, como lo son la serenata con que el «Liceo de Artesanos», que a la sazón existía en la villa, festejó al señor Saavedra Meneses, llevando cada uno de los socios de la expresada colectividad su correspondiente hacha de cera, a los que precedía otro que conducía un gran farol de forma octógona con versos alusivos; y siendo también de notar que, con ocasión de la función de iglesia con que le obsequió el clero de la comarca, le acompañaron los marineros vistiendo con la mayor uniformidad y conduciendo un ramo de palma cada uno.

El señor Saavedra salió de Puentedeume el día 19, haciendo el viaje por mar hasta el Ferrol y deteniéndose antes en Redes, Ares y Mugardos.

Y no concluiremos este relato sin dejar consignado que el *León*, en que hizo el viaje el señor Saavedra Meneses, fué el primer búque de vapor que entró en el puerto de Puentedeume, y que en aquellos días lució por primera vez en la villa la luz eléctrica, instalándose una lámpara mediante una batería de pilas.

Antonio Couceiro Freijomil.

(Continuará).

IDEAS LITERARIAS DEL P. FEIJÓO

Discurso de ingreso en la Real Academia Gallega del Reverendo Padre Fray Samuel Eiján

Señores Académicos:

Mis primeras palabras, al ocupar en el seno de esta Real Academia Gallega el puesto honroso con que acabáis de exaltar mi insignificancia, quiero sean, a la par que de gratitud hacia vosotros por distinción tan honrosa, de evocación y de elogio hacia el varón ilustre, gloria de la ciudad de la Oli-

va, a quien vengo a sustituir a vuestro lado, D. Jaime Solá y Mestre.

Tratárase no más de un escritor de renombre, atildado y castizo en la forma, espejo y gala de la literatura patria, y motivo de sobra tendría ya esta Real Academia para vestir de luto por su pérdida, al verse ayuna ahora del concurso e iniciativas de tan preclaro ingenio. Pero es que Jaime Solá —digámoslo bien alto— tiene, además, para nosotros una mayor representación, pues activísimo de suyo y con espíritu irrefrenable de propaganda en el desenvolvimiento de su actuación, puso constantemente ambas modalidades del espíritu a servicio y para honor de nuestra patria chica, cifrando su orgullo en ser como portavoz en la Prensa y alentador de nuestra cultura regional, sin por eso prescindir de la de la nación, a la cual consideró siempre ligada la nuestra con trabazón indisoluble de unidad, de florecimiento y de destino.

No es otra, en efecto, su misión literaria, ya le consideremos como redactor de *El Globo*, de Madrid, cuando sus primeros tiempos de vida activa, ya como corresponsal después de gran número de periódicos de la capital y del territorio, ya, en fin, como fundador y director del diario *El Noticiero de Vigo* y de las revistas *Poquita Cosa* y, sobre todo, *Vida Gallega*, a la que ninguna otra superó nunca en difundir por España y América española, en artículos, poesías y gráficos, nuestras glorias, nuestra industria y nuestras artes. Si, fuera de Galicia, son conocidos sus paisajes, sus poblaciones, sus costumbres y sus hombres beneméritos, a la labor tenaz, constante y bien organizada de Jaime Solá se debe, en gran parte, no menos desde las páginas de *Vida Gallega*, que por medio de conferencias ilustradas, a través de casi toda Suramérica, durante un triunfal recorrido transoceánico de propaganda verificado en 1911 y 1912. Y, por si todo lo dicho no bastara para mostrarnos de lleno cuán hondamente nuestro llorado Académico sentía y divulgaba por doquiera lo referente a Galicia, ahí está pregonándolo su comedia *El Diputado* y ahí sus novelas *Mala Sombra, Anduriña, El Alma de la aldea*, etc., en cuyas descripciones se reproducen, palpitantes de sano realismo, otras tantas facetas diversas de las costumbres y maneras de ser del *terruño*. Puede, en fin, asegurarse sin hipérbole que en este punto nadie superó a Jaime Solá, y que tarde o nunca descubriremos, entre nuestros literatos pro-

pagandistas y divulgadores, alguno capaz de igualarlo, ya que no de superarlo, en tan meritoria empresa.

De propósito he dejado para lo último, en esta brillantísima hoja de servicios, mencionar la novela *El Ramo Cativo*, de la que me ocupé ya en *Historia de Ribadavia y sus alrededores*, por reflejarse en la misma las escenas tradicionales de mi tierra. Solá, agradecido, sin duda, al beneficio de la salud recobrada en las márgenes del Avia, en ocasión en que los médicos desconfiaban volviese a disfrutarla plenamente, tuvo a gala y puso empeño, no sólo en convertir *Vida Gallega* en muestrario cumplido de las bellezas de la zona del Ribero con lujo de copiosos gráficos y con recursos literarios muy subidos en loa del carácter de sus moradores y de lo rancio de sus costumbres tradicionales, sino que, luego, concluyó por condensar toda esta labor preciosa, como refrendo literario de gusto más depurado, en el texto de *El Ramo Cativo*. Y es precisamente por eso, por lo que yo, hijo amante del Ribero, siento ahora doble satisfacción en evocar conmovido la memoria del varón ilustre que fué, por añadidura, amigo mío entrañable y aun —puedo decir— excelente católico, tan delicado de conciencia en su misión de escritor público, que se abatió más de una vez a remitirme, en consulta, sus cuartillas, temeroso se le deslizase involuntariamente en ellas algo poco conforme con nuestras cristianas creencias.

Cumplido, en tal forma, mi deber de admiración y afecto hacia el ilustre publicista, y ya en plan de buscar asunto apropiado a lo usual en recepciones de esta índole, ¡qué satisfacción la mía, señores, si lo descubriera a gusto vuestro, dentro del marco de mi territorio natal, tan encomiado por Jaime Solá! Fuéralo, sin duda, poder resucitar ante vuestra memoria algo así como la personalidad científica de Fr. Tomás de Lemos, que culminó ante la propia Roma como maestro insuperable en la dogmática y apologética católicas; pero para ello necesitara mi ingenio alas recias con que remontarme y dominar tales alturas. Otro genio que, sino directamente del territorio ribadaviense, tuvo allí por predecesores suyos a los antiguos poderosos dueños del castillo de Sande (1), reclama,

(1) Marcelo Macías, en *Elogio del sabio benedictino Fr. Benito Jerónimo Feijóo*, pp. 46-47.

en cambio, mi atención: el gran benedictino Fr. Benito Jerónimo Feijóo, y a éste me propongo estudiar, no precisamente en orden a alguno de esos tesoros múltiples de ciencia que técnicamente archivan su labor ciclópea animando abstrusos transcendentales aspectos de la luminosa enciclopedia encerrada en el monumento sin par de sus escritos —temas adaptables nada más que a especialistas familiarizados ya con similares problemas en el campo de explotación de los modernos adelantos científicos— sino de algo muy modesto y humilde en su enunciado, pero que aun así, a vuestra indulgencia me obliga a acudir, reo cual soy de temeridad y audacia en aventurarme a alzar tan por arriba estos mis pobres ojos enfermos, cuya miopía cultural hasta en claro-obscuros de crepúsculo literario —¡tan débiles son!— experimentan cegadores colapsos de deslumbramiento.

Dejando, pues, a otros seres privilegiados la misión de penetrar a fondo y traernos luego a plena luz la quinta esencia, digámoslo así, de sus fundamentales conceptos en los ramos más sustanciosos del saber, debo yo limitar mis observaciones a lo que en su gesta se descubre como accidental y externo, pues lo ve y aprecia de por sí todo aquél que tenga pupilas en el rostro para aprisionar con la retina las cláusulas, y pupilas en la inteligencia para sorprender lo que en ellas haya de sugestivo respecto a la estructuración de esas mismas cláusulas, y pupilas, asimismo, en el corazón para embeberlas en las luminosidades de belleza, de ternura, de sentimiento, que, como savia confortadora las animan, penetrando su urdimbre e infundiéndoles elasticidad, transparencia y jugosas y exquisitas y blandas conformaciones de dicción y de léxico.

En una palabra, en vez de exponeros lo más hondo y sublime y vasto de los conocimientos científicos del gran Feijóo, en lo que tienen de mérito personal y en lo que tienen también de subyugadoras eficacias docentes para el público, habréis de contentaros nada más con que os hable del ropaje en que estas lecciones se enfundan y de la cantidad de elementos lingüísticos de que el monje de Samos se valió para ataviarlas y prestarles gracia y colorido en los dominios del bien decir, de igual modo que en los del bien pensar les atavió y les prestó soplo creador su genio. Sólo así, valiéndose de

los recursos de la palabra escrita, podía, en verdad, dejarlas a nuestro alcance, con grandiosa magnificencia de estilo, que es luz, y calor, y belleza, y animación, y vida.

Mostraros, en fin, sucintamente, cómo el célebre benedictino concebía y realizaba la obra literaria, he ahí la finalidad de este discurso, a que me arriesgo. (1).

Antes, empero, de entrar en el asunto, no estará por demás advertir que el aspecto literario que intento desenvolver, tal cual lo concebía y lo practicaba en sus escritos nuestro autor insigne, no viene a ser sino parte integrante de otro aspecto de más amplias perspectivas, tratado ya por Montero Díaz; el de la estética, que, cuando menos, cuenta, para las doctrinas feijonianas, con sólida base a su desarrollo, en los dos discursos sobre «La razón del gusto» y «El no sé qué», joyas inapreciables del t. VI del *Teatro Crítico*. Menéndez y Pelayo al señalar, en *Historia de las ideas estéticas en España* (t. III, pp. 159-174), la magnitud y alcance del pensamiento de nuestro escritor sobre la belleza, el gusto, la crítica y el genio, demarca con ello el verdadero punto de partida en que debiéramos situarnos para apreciar con toda justeza lo peculiar de la ideología literaria del autor del *Teatro Crítico*, de la cual poseía, sin duda, bien trabado plan de conjunto armónico en el cerebro, pero que en su fase literaria nos des-

---

(1) Obras consultadas: *Obras* del P. Feijóo, en 14 volúmenes, editadas en Madrid, a expensas del monasterio de Samos, por Blas Román en 1781: edición que citamos comúnmente. — Biografía del P. Feijóo, que precede a la edición del *Teatro Crítico* de 1776. — Nueva edición citada eventualmente: la de 1765. — Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, 1886: *Heterodoxos Españoles*, 1.ª ed., t. III. — Marcelo Macías: *Elogio del sabio benedictino Fr. Benito Jerónimo Feijóo*, Coruña, 1887. — A. López Peláez: *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijóo*, La Coruña, 1902: *Las poesías de Feijóo*, Lugo, G. Castro, 1899. — G. Marañón: *Las ideas biológicas de Feijóo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934. — P. Antonio Codorniú, S. J., *Dolencias de la Crítica*, Gerona, por Antonio Oliva, 1760. — J. P. Areal, *Poesías inéditas del P. Feijóo*, Tuy, 1901. — S. Montero Díaz, *Las ideas estéticas del P. Feijóo*, Santiago, 1932. — P. Francisco Soto Marne: *Reflexiones crítico-apologéticas sobre las obras del P. Maestro... Feijóo*, Salamanca, 1734. — Hernani Cidade: *P.e Benito Feijóo e P.e Luiz Antonio Verney*, publ. en *Boletín de la Universidad de Santiago*, 1933, t. I. — Benito Paradela, C. M.: *El P. Feijóo, sus ideas y su tiempo*, publ. en *Vida Gallega*, Vigo, 1922. — *Poesías del P. Feijóo*, publ. en *Ilustración Gallega y Asturiana*, t. III.

cubre sólo fragmentariamente, por no habérsele ofrecido ocasión de hacerlo exprofeso a través de las páginas de sus obras, y con frecuencia en puntos en donde menos es de presumir, dados los títulos con que encabeza cada trabajo suelto. Cumple, consiguientemente, a mi empeño, tras recorrido paciente propio de industriosa abeja a lo largo de su labor vastísima, ordenar y combinar los conceptos así vertidos como a capricho por su pluma, y de ellos deducir con mejor o peor acierto el plan de conjunto de sus ideas literarias, esforzándome por conseguir, que, más bien que mi voz, sea su propia voz la que os lo exponga textualmente con la brillantez de su estilo y la pastosa calmosidad de su magisterio.

Y, sin más, vamos ya derechamente al asunto.

FORMACIÓN INICIAL: PRECEPTIVA LITERARIA

No es preciso, al ocuparnos de las ideas literarias del P. Feijóo, traer a colación su cuna originaria, de familia ilustre —en Casdemiro—, ni su iniciación de estudios humanísticos en el apartamiento del monasterio de San Esteban de Ribas de Sil, ni, por último, su ingreso como aspirante al vivir monástico en San Julián de Samos, cuando frisaba todavía en los catorce de edad. De estos tiempos, no obstante, deben provenir las primeras nociones literarias del futuro escritor, nociones tan poco en armonía con su posterior fama de literato, que, más que elogio merecieran censura, de no tratarse de verdadero genio. Dícenos, en efecto, en *Justa Repulsa* (¿? VII): «En el segundo tomo de *Cartas*, tengo escrito que nunca estudié reglas de Retórica, ni vi de ellas sino como de paso, lo que bastó para conocer que me eran inútiles. Y en esto mismo estoy siempre, sientan otros lo que quisieren».

La alusión, señores, del P. Feijóo al t. II de *Cartas* es exacta. Trata allí de convencer al lector de que la elocuencia es naturaleza y no arte, y exclama (p. 62): «Acabada la Gramática, me dieron unas pocas lecciones de Retórica, que olvidé enteramente; y si más hubiera estudiado, más procurara olvidar por la razón expresada (de) que me estorbaría en vez de aprovecharme». Por lo cual —concluye en el texto prime-

ro que adujimos—: «Así mi persuasiva, de ninguna manera es hija del arte, sino de la razón natural en cuanto ésta me representa con claridad las verdades que escribo, proponiéndome las razones que la persuaden y estas mismas razones, puestas perspicuamente, me sirven para persuadirlas a otros».

He querido abrir paso a este Discurso con los citados párrafos en que el P. Feijóo expresa lo con él ocurrido respecto a lo inútiles que fuéronle las normas o reglas de la Retórica en su formación literaria, para que se vea la poca importancia que luego, en la serie de sus estudios, da a asunto de tanta monta, y como de esta subjetiva inutilidad elevó seguidamente su criterio a la tesis objetiva de que debe prescindirse del estudio de las mismas, en vista de los resultados por él obtenidos sin necesidad de tal concurso. Júzguese, sino, por estas palabras, con que razona su opinión originalísima:

«Puede asegurarse —nos dice— no lleguen aún a una razonable medianía todos aquellos genios que se atan escrupulosamente a reglas comunes. Yo convendría muy bien con los que se atan servilmente a las reglas, como no pretendiesen sujetar todos los demás al mismo yugo. Ellos tienen justo motivo para hacerlo. La falta de talento les obliga a esa servidumbre. Es menester numen, fantasía, elevación, para asegurarse el acierto, saliendo del camino trillado. Los hombres de corto genio son como los niños de la escuela, que si se arrojan a escribir sin pauta, en borrones y garabatos desperdician toda la tinta. Al contrario, los de espíritu sublime logran los más felices rasgos cuando generosamente se desprenden de los comunes documentos. Así es bien que cada uno se estreche o se alargue hasta aquel término que le señaló el autor de la naturaleza. Quédese en la falda quien no tiene fuerza para arribar a la cumbre, mas no pretenda hacer magisterio lo que es torpeza, ni acuse como ignorancia del arte, lo que es valentía del numen». (1).

Ante declaración semejante, lo primero de envidiar en el P. Feijóo es, sin duda, la facilidad con que logra imponerse en el ambiente literario sin previas molestias del estudio de la Retórica, considerado como fundamental, para el caso, en todos tiempos. No reza, pues, con lo que le haya rendido el

(1) *Cartas*, t. I, pp. 319-320.

esfuerzo literario, la frase aquella puesta en el prólogo a *Ilustración Apologética*, en que afirma: «ciertamente, tendrías lástima de mí, si supieras cuanto me cuesta y a cuán alto precio compro esto poquito de fama que me granjea la pluma». No, nada le costó, a lo que parece, ni puso tampoco el menor empeño, en regularizar la presentación literaria de sus ideas. Mas, ¿cómo, entonces, se explica, que, en frase del abad P. Moreiras rayase a tanta altura en su calidad de literato en que luce, aun en plena ancianidad, «todo el vigor, fuerza, energía y esplendor de aquella elocuencia que le ha hecho apellidarle el Marco Tulio español». (1).

A esta pregunta nos responde ya el biógrafo anónimo, encabezando la edición del *Teatro Crítico* de 1773, t. I, p. XI: «es cierto que se puede dar un hombre de tal juicio y tino mental, que explique sus pensamientos con propiedad de voces, mueva oportunamente las pasiones y persuada eficazmente, pero también es innegable que *Demóstenes*, *Cicerón* y *Fr. Luis de Granada*, cuya elocuencia sirve de modelo, conocieron muy bien los preceptos retóricos, pues los dos últimos trataron ex profeso esta materia y el primero era tan correcto en el modo de escribir, que de sus oraciones decían *oler al aceite*, por el demasiado estudio que ponía en limarlas. Fueron los preceptos de la elocuencia, a la verdad, sacados por comparación de las obras de los mejores oradores. Lo mismo ha sucedido con las demás Artes y Ciencias, y nadie duda que con todo eso es necesario su estudio, porque los elementos o principios de cada Arte o Ciencia no son otra cosa que un tejido de verdades o conjeturas deducidas de las observaciones hechas por muchos hombres doctos en aquella materia. Todas las Ciencias y Artes quedarían atrasadas si quedasen fiadas a las combinaciones privadas de cada particular y se creyese que un ingenio naturalmente sobresaliente podía atinar con las propias reglas».

En estas frases, señores, muéstrase harto complaciente nuestro biógrafo al asentir en algún modo a afirmación tan original, cual la de atribuir la totalidad de su mérito literario a luminosidades de la propia inventiva, si bien advirtiendo

(1) En la *aprobación* de «Justa Repulsa» (Obras Apologéticas, Madrid, 1765), p. 201.

que no debe en esto imitársele. Deslumbra, sin duda, al gran sabio la propia fuerza de su talento. No hubiera nunca el P. Feijóo visitado un aula, abierto una óbra o relacionádose con persona docta, y gran esfuerzo tendríamos que hacernos para suponer que, si no en su rigidez de técnica, no le llegaron a la inteligencia las normas de la Retórica, a lo menos, ejemplificadas en mil formas y giros, aunque él, sin notarlo sensiblemente, se las haya asimilado con esa ingenua inconsciencia con que un niño de cuna, reclinado en la mecedora de los brazos maternos, se impone, en el sentido de las primeras palabras que oye, las enlaza entre sí para formar una cláusula y enlaza, por fin, las diversas cláusulas hasta completar el significado del pensamiento que la madre quiere expresarle. ¿Y no es del mismo modo que el significado y fuerza de cada palabra, como aprende también luego a expresarla, creciendo en perfección su lenguaje con los días, como crece su cuerpo en proporción al alimento?

Porque no, señores; el P. Feijóo, digámoslo con llaneza, no es pensador que haya prescindido, para serlo, de las tareas del estudio. Lo copioso de estas tareas, realizadas sobre los libros, le proporcionó, en parte, sustancia abundosa de conocimientos científicos, pues para eso y no para entretenimiento, se procuró la enorme erudición que campea en sus escritos. ¿Y cómo entonces, imaginarnos, que al verterle los autores sus ideas sobre la inteligencia, como vierten los cielos sus lluvias y éstas forman los depósitos profundos de aguas de donde brotan los manantiales, abastecieran esas ideas lo insondable de su cultura, y, en cambio, en lo relativo a la forma literaria en que le eran comunicadas, con sus términos, giros, figuras, ductilidad y riqueza de expresión, todo, en fin, le resbalara como por la superficie, sin dejarle en la mente la menor huella, implicando en él un talento permeable en alto grado a lo descarnado de las ideas y totalmente impermeable a la forma literaria de los conceptos? ¿No podemos decir que al docto autor del *Teatro Crítico* le ocurrió lo que le ocurre a tantos otros escritores ayunos de preceptiva retórica, pero que prácticamente se la asimilan sensibilizada en la conversación con personas cultas o en la lectura de composiciones escritas?

(Continuará).

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

CARMELA EULATE SANJURJO: *La vida humilde y gloriosa de Schubert.* — Barcelona, Talleres de la S. G. de P., S. A., Ediciones «Ave», 1942.

——*Vida sentimental de Schiller.* — Barcelona, Imprenta Clarasó, Editorial «Olimpo», 1942.

La notable escritora, miembro correspondiente de esta Academia, D.ª Carmela Eulate, hija del almirante de la Armada que luchó gloriosamente en Santiago de Cuba, ha enviado para nuestra Biblioteca dos nuevos libros de que es autora, editados en Barcelona, donde reside.

Pertenecen al género biográfico, que ahora tanto priva. Son interesantes y amenísimos estudios titulados «La vida humilde y gloriosa de Schubert» — Ediciones *Ave* — y «Vida sentimental de Schiller» — Colección *Oriana* —, y en ambos, dentro de la diversidad de los temas, acusa el estilo ágil, la investigación certera y la galanura descriptiva que caracterizan a la autora.

Nuestras congratulaciones; con muchas gracias por el envío.

PRESIDENCIA DE HONOR DE LA ACADEMIA

Por conducto del Jefe de la Casa civil de S. E. el Jefe del Estado, se hizo llegar, como anunciáramos, al Generalísimo Franco su nombramiento de Presidente de Honor de la Real Academia Gallega, acordado por aclamación en la última junta general celebrada en Santiago.

El Sr. Muñoz de Aguilar contestó al Presidente Sr. Casás con una carta en la cual cumple en muy afectuosos términos el encargo de trasmitir el más sincero reconocimiento de S. E. por la amable atención y por los sentimientos expresados.

Nos es grato reiterárselos al Caudillo, en nombre de la corporación, con tan señalada oportunidad, por el alto honor con que a la Academia distingue.

NOTICIAS

El eminente literato y presidente de la Academia de Ciencias de Portugal, Excmo. Sr. don Julio Dantas, a quien nuestra corporación ha nombrado académico correspondiente, en la última sesión plenaria celebrada en Santiago de Compostela, en atención a los especialísimos méritos que en él concurren, envió al Sr. Casás la siguiente carta que, por tratarse de tan ilustre personalidad con gusto transcribimos:

«*Academia das Ciências de Lisboa.*=*Presidência.*=Excmo. Senhor D. Manoel Casás Fernández, insigne Presidente da Real Academia Galega: =Acusando a recepção da honrosa comunicação de V.ª E.ª, apresso-me a expressar à gloriosa Academia galega, na pessoa do seu excelso Presidente, o mais profundo reconhecimento por se haver dignado receber-me como seu membro Correspondente, distinção que muito prezo e a que fui extrêmamente sensível, já porque se trata de Corporação particularmente ilustre, já porque nos unem intimos laços étnicos, históricos e línguisticos que com legitimo orgulho recordamos sempre. = Peço a V.ª E.ª, Senhor Presidente, queira transmitir à Academia, e, em especial, aos senhores proponentes, D. Alexandro Barreiro e D. Angel del Castillo, as minhas gratas homenagens e a expressão da minha mais alta admiração, = De V.ª E.ª confrade atento, venerador e ad.r grato, = *Julio Dantas.* = 5, Fev.º, 1943.»

* * *

En atento oficio le fué comunicado a la Academia el acuerdo de la Comisión municipal permanente de Vigo concediendo 2.000 pesetas, por una vez, para sus fines culturales.

Responde así aquella corporación a la instancia que se le había dirigido, como a otras de Galicia, interesando su concurso económico; levantado proceder que debiera ser imitado.

La Junta de gobierno —que oportunamente dió noticia en la Prensa regional de tan plausible resolución—, expresó oficialmente su gratitud por ella, consignándolo en acta, y ofició

en tal sentido el Presidente Sr. Casás al alcalde Sr. Suárez-Llano Menacho.

Cabe esperar que los municipios que no respondieron todavía al ruego, lo hagan de modo satisfactorio, en atención a aquella alta finalidad.

* * *

Ha sido nombrado vocal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el docto profesor de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Santiago y numerario de la Academia Gallega, D. Ramón María Aller.

Felicitamos cordialmente al ilustre astrónomo, a quien la villa de Lalín va a rendir un merecido homenaje.

* * *

El Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, nuestro admirado paisano Dr. Eijo Garay, tuvo la bondad de contestar, agradecido, al telegrama con que la Academia le felicitó cuando últimamente le fueron impuestas las insignias de la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio.

El cultísimo Presidente del Instituto de España estima en efusivos términos aquellos parabienes y bendice muy cordialmente a la Academia, a la cual desde hace años pertenece.

LITOGRAFÍA E IMPRENTA ROEL. - LA CORUÑA